

*Reseñas
bibliográficas*

RESEÑA DEL LIBRO *EL PASILLO ESTRECHO* DE DARON ACEMOGLU Y JAMES A. ROBINSON, Deusto 2019

JORDI FRANCH PARELLA*

Los economistas Daron Acemoglu, profesor del Massachusetts Institute of Technology, y James A. Robinson, profesor de la Universidad de Harvard, cosecharon un notable éxito en el año 2012 con la publicación del libro *Why nations fail? The origins of power, prosperity and poverty*. En él, como su título indica, los autores analizan los motivos que llevan a unos países a prosperar y otros, en cambio, no. La principal tesis del libro es que la prosperidad o la pobreza de un país depende de las instituciones que lo rigen. No hemos de buscar las causas de las divergencias económicas en la geografía, climatología, religión o cultura, sino en unas instituciones inclusivas que sean respetuosas con el derecho de propiedad privada, garanticen la separación de poderes efectiva y posibiliten el funcionamiento de una economía de libre mercado. Unas instituciones que permitan a la mayoría de los ciudadanos desarrollar su talento, promoviendo la innovación y la inversión. Por el contrario, aquellas sociedades que desarrollan unas élites extractivas que se confabulan con la clase política, van a la deriva y emprenden un camino a la pobreza y la marginalidad. Este libro tuvo un notable éxito de crítica y de ventas. La lectura es muy interesante, prolija en curiosidades históricas. Adolece, en todo caso, de un cierto pleonasma o machacona reiteración. Tanta que, en ocasiones, deriva al reduccionismo y determinismo institucional. Una teoría dual en la que en un extremo encontramos instituciones extractivas, donde una clase privilegiada se adueña del poder y explota al resto de la sociedad, y en el otro extremo instituciones inclusivas, donde la mayoría de la población puede acceder a los órganos de gobierno y la explotación está ausente o, en todo caso, muy atenuada. Pretender explicar toda la

* Facultad de Ciencias Sociales, UVic-UCC, Manresa. Email: jfranch@umanresa.cat

historia de la humanidad con el prisma único de la división entre instituciones inclusivas y extractivas es una tarea colosal y, en ocasiones, imposible. En clara contradicción con la tesis mantenida por Hoppe en *Monarquía, democracia y orden natural* (2001), Acemoglu y Robinson defienden una cierta centralización institucional capaz de ofrecer servicios públicos esenciales como la justicia, el cumplimiento de los contratos o la educación. También las instituciones extractivas son capaces de proveer estos servicios pero, en opinión de los autores, fracasarán en el medio o largo plazo por su incapacidad para desarrollar procesos sostenidos de innovación y emprender una senda de “destrucción creativa”. La innovación requiere creatividad y ésta necesita libertad, que los individuos actúen sin miedo, experimenten y determinen su camino con sus propias ideas, aunque no sea lo que a los demás les gustaría. Esto es difícil de mantener bajo el despotismo. Cuando un grupo domina al resto de la sociedad, las oportunidades no están abiertas a todo el mundo, y en una sociedad sin libertad, tampoco hay mucha tolerancia con los experimentos y los caminos alternativos.

Seguramente animados por el gran éxito de este libro, los autores han intentado repetirlo en *The narrow corridor* (traducido por Deusto como *El pasillo estrecho*), aunque ya sabemos que “segundas partes nunca fueron buenas” (salvo excepciones). La tesis de *El pasillo estrecho*, a lo largo de las 688 páginas, es que la libertad no es el orden natural de la humanidad. La libertad ha sido aplastada por la imposición y la fuerza en multitud de sociedades y épocas. Defienden que los Estados a menudo se exceden con su despotismo. Que, en ocasiones, nada ni nadie puede encadenar al Leviatán, que expande sus poderes irrestrictos. Sin embargo, los autores también sostienen que en otras ocasiones la debilidad del Estado es la que perjudica a la sociedad, dejando sin protección a los ciudadanos. En territorio intermedio de difícil equilibrio se encontraría la libertad, en un estrecho pasillo (de ahí el título del libro) donde tiene lugar una lucha constante e igualada entre el Estado y la sociedad civil. Una libertad que, en su opinión, sólo puede existir cuando un Estado suficientemente fuerte defiende los derechos de los individuos y cuando al mismo tiempo la sociedad limita de modo efectivo el poder del Estado y de las élites extractivas. A semejanza de *Why nations fail?*, Acemoglu y Robinson pretenden

ahora explicar la historia universal bajo 3 paradigmas posibles: Leviatán despótico, Leviatán ausente y Leviatán encadenado. Hay un claro paralelismo entre el Leviatán despótico y las instituciones extractivas, por un lado, y el Leviatán encadenado y las instituciones inclusivas. Los autores, sin embargo, son demasiado optimistas sobre la libertad que traen los Estados, aunque estén teóricamente encadenados. De hecho, están equivocados en un tema decisivo. El poder no hace lo que es correcto y ciertamente no lo hace por la libertad. La vida bajo el yugo del Estado también puede ser desagradable, brutal y corta. Los ejemplos del socialismo real son un testimonio atroz de ello. El “Gran Salto Adelante” era el programa de modernización lanzado por el presidente Mao Zedong en 1958 con el objetivo de transformar el país y pasar de una sociedad agraria rural a una industrial. El resultado fue un desastre humano y una tragedia económica de proporciones colosales y trágicas, todo planeado e implementado por el Leviatán, que tenía el poder de privar a un individuo de todo. El hambre fue una agonía prolongada y alrededor de 55 millones de chinos murieron de inanición. No había cereales, se comían todas las hierbas silvestres. Incluso se arrancaba la corteza de los árboles, se masticaba la arcilla que se excavaba o los excrementos de pájaros y ratas se usaban para llenar el estómago. Yang Jisheng escribe que los cadáveres de los muertos se convirtieron en comida para los desesperados. El canibalismo se generalizó. Y en China, ser un negador de la “Gran Cosecha” significaba estar sujeto a “sesión de lucha”, un eufemismo que significaba ser golpeado hasta la muerte.

EL LEVIATÁN AUSENTE

Los autores recuerdan los trabajos de la antropóloga Carol Ember, que documenta la alta tasa de conflictos en las sociedades cazadoras-recolectoras. Las contiendas eran frecuentes, con una guerra al menos cada dos años en dos tercios de las sociedades que estudió. La tasa de mortalidad causada por la violencia se estima en más del 500 por 100.000 personas, más de cien veces la tasa actual de homicidios en Estados Unidos, del 5 por 100.000. O más de mil veces la de Noruega, de alrededor del 0,5 por 100.000. Con esta tasa

de mortalidad, un habitante típico tenía una probabilidad del 25% de ser asesinado en un período de cincuenta años. La gran parte de estas muertes y masacres se debían a enfrentamientos entre grupos o tribus rivales. Sin embargo, la ausencia de estructuras de Estado no significa un estado de guerra continua. Ni mucho menos. Hay muchas sociedades sin Estado que a lo largo de la historia se las han arreglado para contener la violencia: desde los pigmeos mbuti de la selva del Congo a varias grandes sociedades agrícolas de África occidental, como el pueblo akan de las modernas Ghana y Costa de Marfil. El británico Brodie Cruickshank informó en la década de 1850 que “los caminos y las vías del país se volvieron tan seguros para el envío de mercancías y tan libres de obstáculos de cualquier descripción, como las carreteras más frecuentadas de los países más civilizados de Europa”.

Una foma de Leviatán ausente destacable son las comunas del norte de Italia que surgieron de manera gradual a finales del siglo IX y durante el siglo X, cuando los ciudadanos de las futuras ciudades-estado cuestionaron y depusieron la autoridad de sus gobernantes y obispos, que sustituyeron por cónsules escogidos de todas las clases sociales y creando en su lugar sistemas de autogobierno republicano. Inventaron la letra de cambio, el seguro mercantil, relajaron la prohibición de cobrar intereses bajo la rígida interpretación de las Sagradas Escrituras (“dad prestado sin esperar retorno”) y surgió la *commenda* como forma contractual entre dos personas donde una aportaba el capital y la otra llevaba a cabo el trabajo. Leonardo Fibonacci, un italiano de Pisa, facilitó los cálculos financieros con la adopción del sistema numérico árabe en 1202. Y el fraile franciscano Luca Pacioli sistematizó la contabilidad por partida doble con la obra *Summa de arithmetica, geometria, proportioni et proportionalita* (Venecia, 1494). La revolución comercial tuvo lugar al mismo tiempo que un crecimiento económico considerable y también estimuló la innovación fuera del sector financiero. En 1330, un tercio de las treinta ciudades más grandes de Europa eran comunas italianas, y la más poblada de ellas era Venecia, con 110.000 habitantes, seguida por Génova y Milán, ambas con 100.000. En ese momento, Siena tenía una población de 50.000 habitantes. Sólo París y Granada contaban con poblaciones más grandes. El catastro florentino de 1427 sugiere que 7 de cada 10

varones adultos sabían leer y escribir, una cifra muy alta para la época. En el siglo XIV, Italia era el mayor productor de libros de Europa occidental, con un 32% del total y tenía el 39% de las universidades europeas, más que cualquier otro país. Los avances tecnológicos también fueron notables, con la generalización del timón en los barcos, la producción de las primeras gafas y el primer molino textil mecanizado para producir tela de seda. Sin disponer de contactos, monopolios o ayuda del gobierno, el contexto institucional de las comunas italianas permitía que personas de origen muy pobre y humilde como Francesco di Marco Datini hiciesen una gran fortuna. Otros ejemplos ilustres son el de san Goderico y Pietro di Bernardone, padre de san Francisco de Asís.

EL LEVIATÁN ENCADENADO

Acemoglu y Robinson recurren al efecto de la Reina Roja, del escritor británico Lewis Carroll, como metáfora de la lucha entre el Estado y la sociedad civil. Si la sociedad se relaja y no corre lo bastante rápido para seguir el ritmo del poder creciente del Estado, el Leviatán puede convertirse con rapidez en un déspota. Se requiere la competencia de la sociedad para mantener al Leviatán bajo control. Pero para los autores también es necesario que el Leviatán siga corriendo para expandir su capacidad, resolver disputas y hacer cumplir las leyes. Solón, en el año 594 a.C., fue un gran reformador de la Atenas clásica al ser nombrado arconte durante un año. Sus reformas pretendían crear un equilibrio entre ricos y pobres. Sin embargo, Pisístrato fue el tirano que sucedió a Solón y es famoso por la astuta forma en que acabó con las instituciones políticas atenienses. En una ocasión se hirió a propósito y engañó a los ciudadanos para que le permitieran tener una guardia armada para protegerse, que luego usó en beneficio propio para hacerse con el control de Atenas. En el templo de Delfos estaban grabados en piedra unos proverbios fundamentales de la sabiduría griega: “conócete a ti mismo” y “nada en exceso”. El concepto de *hybris* como desmesura y orgullo del gobernante fue contrarrestado por la institución del “ostracismo”. Condenar al ostracismo significaba desterrar de Atenas durante diez años al tirano que se había

excedido. Poner límites efectivos al poder del Leviatán ha sido siempre una de las preocupaciones fundamentales del liberalismo.

En ocasiones, como en la sociedad *tiv*, las normas sociales ampliamente respetadas impiden la aparición de cualquier jerarquía política. Los *tiv* tenían jefes, pero su papel era la mediación y el arbitraje en la resolución de conflictos y no existía la posibilidad de que surgiera un gobernante con la autoridad suficiente como para imponer al resto su voluntad. Conseguir encadenar al Leviatán nunca puede darse por supuesto ni es tarea fácil.

La limitación del poder del Leviatán ha sido siempre una de las máximas preocupaciones del liberalismo. La inercia propia del Estado es la de un crecimiento continuo e ilimitado. La limitación temporal del gobernante en el poder no es efectiva para frenar el crecimiento del Estado. Naturalmente, las propias palabras del gobernante en cualquier sentido limitador carecen de valor. En un discurso el 10 de febrero de 1933 en el Palacio de los Deportes de Berlín, Hitler afirmó: “Dadnos cuatro años y os prometo que, tal como nosotros, tal como yo he asumido este cargo, lo abandonaré. No lo he hecho por el salario ni por las ganancias, lo he hecho por vosotros”. Sin embargo, en un discurso anterior, el 17 de octubre de 1932, Hitler ya había declarado: “Si algún día llegamos al poder nos aferraremos a él y no les permitiremos que nos lo quiten de nuevo”. En la convocatoria de elecciones en que Hitler se convirtió en canciller, su futuro ministro de propaganda Joseph Goebbels anunció: “Preparad la campaña electoral. Será la última”.

Y la peligrosa y resbaladiza pendiente hacia el Leviatán despótico siempre está presente. En 1300, al menos la mitad de las ciudades italianas que habían sido comunas estaban bajo un mando despótico. Despotismo elitista o despotismo popular. En Ferrara, la élite restringió drásticamente la participación popular en los consejos y se suspendieron los gremios y las confraternidades. Los nuevos señores habían empezado a mandar. Pero el *Popolo* respondió ante esta insidiosa y poderosa élite. El proceso empezó en Plasencia en 1250 cuando, bajo el liderazgo del *Popolo*, Uberto de Iniquiate fue elegido *podestà*. En principio por un año, pero pronto se extendió a cinco años. Y se estipuló que, si moría, su hijo asumiría el cargo. Esos acontecimientos eran comunes. Uberto Pallavicino recibió cargos de *podestà* vitalicios en Vercelli, Plasencia, Pavía

y Cremona. Las comunas estaban condenadas a causa de los conflictos que no podían contener. Desapareció la confianza de la gente en que las instituciones podrían trabajar en su favor y proteger sus intereses, lo que hizo más atractivo volverse hacia un líder y un movimiento autoritarios que afirmaban preocuparse por los intereses del pueblo... siempre que fueran instalados en el poder y se eliminara cualquier traba a su poder autocrático.

EL LEVIATÁN DESPÓTICO

Limitar el poder del Estado no es fácil ni puede darse por supuesto. La inercia del Estado a romper cualquier costura que impida o moleste su crecimiento y la consecución de los fines de los gobernantes es observable tanto en la actualidad como en todas las épocas y lugares. Mahoma construyó los fundamentos de un Leviatán despótico en Arabia en el siglo VII, cuando sólo existían tribus nómadas en el desierto. Shaka explotó con éxito su acceso a la jefatura de los zulúes, en el sur de África, para poner en marcha la creación de un ejército mucho más poderoso y ampliar el poder del Estado y su propia autoridad, debilitando al mismo tiempo las normas diseñadas para contener su ambición. Y en Hawái, en pleno océano Pacífico, Kamehameha logró utilizar la tecnología de la pólvora para vencer a sus rivales y construir un Estado unificado y despótico, algo distinto a todo lo que hasta entonces había vivido la isla. Este sistema extractivo culminó con el Gran Mahele de 1848, cuando el rey Kamehameha III adoptó una radical distribución de las tierras. El resultado fue que un 24% de las tierras de las islas se convirtieron en propiedad privada del rey. Otro 36% fue a parar al gobierno y se destinó el 39% a 252 jefes, lo que dejó menos del 1% al resto de la población.

Otro ejemplo es la China de la dinastía Song, que alrededor de 1090 consiguió el nivel de vida medio más alto del mundo. En opinión de los autores, este logro de la dinastía Song muestra el poder de crecimiento del Leviatán despótico, en especial en una era en la que la tecnología era simple comparada con los estándares modernos y podía ser guiada por el Estado. Pero no fue duradero. El crecimiento despótico nunca lo es. La dinastía Yuan que sucedió a la

Song desvirtuó el funcionariado meritocrático, introdujo un sistema de empleo hereditario, recortó oportunidades e incentivos económicos y dio marcha atrás en el comercio y la industria. El retroceso se completó con el acceso de los Ming al poder. China quedaba por detrás de Europa. La transición de los Ming a los Qing dio lugar a un caos aún mayor, que incluyó la imposición de la prohibición marítima en 1662 restringiendo el comercio de manera severa. El derecho a comerciar se concedía a un monopolio llamado Cohong. Y no sólo funcionaba así el comercio internacional, sino que las minas de cobre de Yunnan se organizaron del mismo modo. En general todas las dinastías chinas temían que la actividad económica desestabilizara el *status quo*. Éste era el motivo por el que las autoridades chinas eran reacias a las nuevas tecnologías. En la década de 1870, una empresa británica construyó la primera vía de ferrocarril de China, la línea Wusong, que unía el puerto de esta ciudad con Shanghai. Fue adquirida por el gobierno de los Qing y destruida. Esta hostilidad hacia las nuevas tecnologías tuvo consecuencias naturalmente muy negativas.

El rey Leopoldo de Bélgica surgió como el verdadero vencedor de la Conferencia de Berlín de 1884, en la que el continente africano fue dividido entre los poderes europeos. Prometió controlar el “Estado Libre del Congo” con fines humanitarios y filantrópicos. Lo que siguió fue un genocidio. Leopoldo dirigía el país como su propiedad personal y explotó sus recursos, el caucho natural, que era muy demandado antes de que el sintético lo sustituyera en la década de 1930. Imponía exigentes cuotas de caucho a los trabajadores y lo hacía con una violencia salvaje, mutilando los brazos de los trabajadores que no alcanzaban sus cuotas y con asesinatos en masa. Algunas estimaciones sitúan la pérdida de población durante el gobierno de Leopoldo en hasta 10 millones de una base de población de 20 millones.

El exceso de regulación y la emisión de decretos gubernamentales es un medio seguro que tiene el Estado para socavar el imperio de la ley o el *rule of law*. Eduard Shevardnadze ascendió al poder en Georgia después del colapso del comunismo en la Unión Soviética. Decretó que todos los conductores de taxis tenían que pasar un examen médico diario para tener la certidumbre de que no estaban borrachos y no tenían la presión sanguínea alta. Si un conductor no

presentaba su certificado de salud, se arriesgaba a perder la licencia. El gobierno de Shevardnadze no sólo fijó su atención en los conductores de taxis, sino también en todos los puestos callejeros de pequeños comerciantes y todas las gasolineras. De hecho, esas regulaciones y miles de parecidas nunca fueron pensadas para ser implementadas. Al crear la regla, el Estado creaba de inmediato un pretexto para perseguir a toda la flota de taxistas y éstos tenían que pagar sobornos. Lo mismo sucedía con los pequeños comerciantes y las gasolineras. Shevardnadze estableció un sistema para que los ciudadanos estuvieran obligados a quebrantar la ley, e hizo que la policía tuviera dinero fácil al alcance de la mano. El quebrantamiento de la ley se convertía en inevitable y se creaba un sistema que alentaba la corrupción. El motivo era controlar la sociedad, ahora siempre culpable de quebrantar la ley. Se podía evitar la aplicación de la ley pagando un soborno, pero el Estado siempre podía actuar contra el ciudadano en cualquier momento. Este plan también controlaba a los funcionarios del Estado, otro grupo potencialmente poderoso. Aceptar sobornos era ilegal, de modo que si quisiera, el Estado también podría actuar contra ellos. También se produjo la privatización al estilo soviético, vendiendo activos empresariales a las élites poderosas y extractivas, creando una serie de monopolios. Y el gobierno aprobó una ley que prescribía que cada coche tenía que llevar un tipo específico de extintor, uno que importaba de manera exclusiva un pariente del ministro del Interior. La misma familia de Shevardnadze vendía electricidad producida por el Gobierno de manera extraoficial consiguiendo un importante beneficio. Obviamente, el Leviatán despótico no consiguió crecimiento económico ni la mejora de los estándares de vida medios en Georgia. La perversión del carácter noble y primigenio de la ley como una norma de carácter abstracto de aplicación universal es realizada por el Estado en la búsqueda de sus intereses particulares. El Estado instrumentaliza la ley y la degrada a simple decreto gubernamental o decreto-ley. Hayek analiza este fenómeno en su obra *Derecho, legislación y libertad*.

En Argentina, Mauricio Macri despidió en 2015 a 20.000 trabajadores fantasma del gobierno contratados por Cristina Fernández de Kirchner, gente que en realidad no aparece por el trabajo pero que cobra su sueldo. El expresidente brasileño Getulio Vargas

decía: “Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley”. Esa arbitrariedad legal permite a la élite política utilizar las instituciones del Estado para reprimir a la oposición mientras se enriquece a sí misma, quedándose con tierras de otros, concediendo monopolios a amigos y saqueando directamente al Estado. En 2016, en algunos ministerios de Colombia, el 60% de los empleados eran “personal provisional”, reclutados fuera de las reglas meritocráticas y muy probablemente contratados por medio del clientelismo. Samuel Moreno fue alcalde de Bogotá entre 2008 y 2011. Con su hermano Iván crearon un gobierno a la sombra, generalizando las mordidas en todas las concesiones públicas. Con frecuencia llegaban al 50% del valor del contrato. La joya de la corona de las mordidas fue el contrato para gestionar el sistema de transporte público integrado de la ciudad, que transporta a millones de personas al día. Simón Bolívar, el libertador de América Latina, ya subrayó que las élites colombianas en realidad ni conocen ni comprenden el país que afirman estar gobernando y saqueando. El presidente colombiano del siglo XIX, Miguel Antonio Caro, no salió de Bogotá en toda su vida. De 18.500 kilómetros de carreteras en 1945 sólo 613 kilómetros, ninguno pavimentado, estaban en los territorios periféricos que conforman tres cuartas partes de la superficie de Colombia. La sociedad colonial era una jerarquía institucionalizada con los españoles en lo alto y los indígenas y esclavos negros en lo más bajo. Con el tiempo, las élites españolas se volvieron nativas de Latinoamérica y fueron conocidas como criollos. Simón Bolívar era uno de ellos. Y con el mestizaje se creó un elaborado sistema de castas para identificar quién era superior a quién. El Leviatán despótico y las instituciones extractivas, la dominación y la desigualdad todavía son evidentes hoy día.

OTRAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS

El libro de Acemoglu y Robinson, *El pasillo estrecho*, puede considerarse la segunda parte de *Por qué fracasan los países*. El Leviatán encadenado no es más que la culminación de las instituciones políticas inclusivas, mientras que el Leviatán despótico lo es de las instituciones extractivas. El Leviatán encadenado depende fundamentalmente,

en opinión de los autores, del efecto de la Reina Roja, esto es, la capacidad de la sociedad civil para limitar, controlar y enfrentarse al Estado y a las élites políticas. Aunque, en ocasiones, el Leviatán despótico puede promover cierto desarrollo a corto plazo, fracasa con seguridad a medio y largo plazo. Y es que la innovación no depende de solucionar problemas existentes, sino de imaginar los nuevos. Esto requiere autonomía y experimentación y un entorno institucional que garantice la apropiación privada de los beneficios futuros. Se puede ordenar a los individuos que trabajen mucho, pero no se les puede ordenar que sean creativos. La creatividad es el ingrediente clave para la innovación y depende de que gran número de individuos experimenten de maneras distintas, rompan las reglas, unas veces fracasen y otras tengan éxito. Y esto no se puede conseguir sin libertad. Con un Leviatán despótico, es mejor no experimentar. Ir contra las ideas sancionadas por el partido dominante o amenazar el poder de las élites se paga muy caro. En ocasiones, con la vida.

Explicar la historia de la humanidad en términos de Leviatán despótico, ausente o encadenado es una tarea desalentadora. Identificar el fracaso con el Leviatán despótico (o ausente) y el éxito con el Leviatán encadenado puede ser una tautología, si nos dicen que el Leviatán despótico es aquel que bloquea el crecimiento y el Leviatán encadenado el que lo alienta. Carecer de una definición *ex-ante* hace incurrir a los autores en un vicio de razonamiento circular y en sesgos de selección. Los autores se limitan a elegir y describir unas circunstancias históricas concretas que encajan con sus ideas previas. Pero ello no siempre es así. En la etapa imperial de la antigua Roma, la forma de gobierno era despótica y las instituciones extractivas. Sin embargo, el régimen no colapsó hasta mucho más tarde y cosechó éxitos importantes. El norte de Italia es un bastión industrial desarrollado. Sin embargo, el sur de Italia está mucho más atrasado y depende en gran medida de las subvenciones públicas que recibe. Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, de España. Sin embargo, tanto España como Italia tienen las mismas estructuras de Estado. Tanto para los territorios del norte como para los del sur. La importancia de las distintas políticas económicas aplicadas dentro de unas mismas estructuras de coerción institucionalizada tiene un peso decisivo para explicar unos resultados u otros. Sin embargo, Acemoglu y Robinson no lo consideran. Lo mismo puede decirse de la importancia de los procesos de

competencia empresarial e institucional, ausentes en el libro. Tanto Jared Diamond en *Guns, germs and steel* (1997) como Eric Jones en *European Miracle* (1987) subrayan la importancia de que Europa no haya conseguido una unificación política y que la competencia institucional haya promovido el desarrollo y la innovación, dentro de un mercado crecientemente integrado. Luego, la clave para la prosperidad sería la desintegración política junto a la integración económica, y no las tesis mantenidas por Acemoglu y Robinson.

Alemania ha acreditado un buen desempeño social y económico, tanto bajo formas de Leviatán despótico como de Leviatán encadenado. En lugar de poner la atención en la forma de Estado, quizás se trate entonces de ser alemán (o no). Acemoglu y Robinson se centran en las naciones-estado, olvidando que en la era moderna las instituciones transnacionales se han vuelto cada vez más importantes. Si queremos entender el pasado y proyectarnos al futuro no podemos ignorarlas. De la Unión Europea a las Naciones Unidas, de las corporaciones multinacionales a las instituciones no gubernamentales transnacionales, todas son una parte cada vez más importante del orden mundial. Y, por último, la crisis actual, con el shock de oferta del coronavirus, encuentra Estados con brutales excesos de deuda. En el pasado, el conflicto por el pago de la deuda siempre ha tenido importantes consecuencias. La deuda es altamente extractiva hacia las generaciones futuras. Y el desafío causado por la pandemia vírica muy probablemente generará Estados más despóticos y más coercitivos. El Leviatán siempre ha aprovechado las guerras y las crisis para aumentar su control y el dominio sobre la sociedad. Pero de ello nada nos dicen Acemoglu y Robinson.

RESEÑA DEL LIBRO *MONEY,
BANKING AND THE BUSINESS CYCLE*,
DE BRIAN P. SIMPSON, Nueva York:
Palgrave Macmillan, 2014, 568 págs.*

SHAWN RITENOUR**

INTRODUCCIÓN

Siempre que se publica un nuevo libro sobre el dinero y el ciclo económico desde una perspectiva austriaca, se espera que sea otra contribución monumental que ponga ante los ojos del lector lo mejor de la teoría monetaria y del ciclo económico. Qué pena, aunque *Money, Banking and the Business Cycle* de Brian P. Simpson incluya 509 páginas de una densa letra pequeña que se extiende a lo largo de dos volúmenes, esta esperanza es infundada. Si bien aporta numerosas y útiles contribuciones a nuestra comprensión de la historia económica de los ciclos económicos en Estados Unidos, la forma en la que Simpson desarrolla su teoría del ciclo lleva a más confusión que clarificación, tanto que la obra resulta finalmente decepcionante. Para estudiar la teoría austriaca del ciclo económico no debería recurrirse a *Money, Banking and the Business Cycle*. Para los que busquen un libro moderno que estudie la teoría del ciclo económico desde una perspectiva austriaca, siguen siendo preferibles *Money, Bank Credit, and Economic Cycles (Dinero, crédito bancario y ciclos económicos)* de Huerta de Soto y *Time and Money (El tiempo y el dinero)* de Roger Garrison.

* El original en inglés de esta reseña está publicada en la revista *Quarterly Journal of Austrian Economics*, Vol. 19, núm. 4, invierno 2016, pp. 381-399. El traductor de la reseña al español ha sido Jaime Torres Domingo.

** Shawn Ritenour (srritenour@gcc.edu) es profesor de economía en el Grove City College.

TEORÍA ECONÓMICA

El volumen I de la obra de Simpson incluye capítulos acerca de la teoría monetaria, la inflación, la teoría del ciclo económico y la historia económica de los ciclos económicos en Estados Unidos. Si bien termina siendo decepcionante, a lo largo de la obra, Simpson aporta varias contribuciones positivas.

Esto ocurre por ejemplo con lo expuesto por Simpson acerca del dinero, la banca y la inflación. Antes de pasar a la teoría del ciclo económico, comienza, como es debido, con el dinero, porque éste es un bien que integra toda la economía social. Afirma, de entrada, que la fuente del ciclo económico son las fluctuaciones de la oferta monetaria generadas por el gobierno, porque el dinero es el medio general de cambio. Como tal, se utiliza en todos los mercados y los precios en dinero son la base del cálculo económico (I. p. 9). Define el dinero como el medio de cambio e incluye en su medida del dinero los depósitos a la vista, la parte de los fondos de inversión corrientes monetarios (MMMFs, por sus siglas en inglés) y las cuentas de depósito del mercado monetario (MMDAs, por sus siglas en inglés) que la gente utiliza como medio de cambio y la parte de las cuentas minoristas de transferencia no transferidas a las MMDAs o MMMFs. No incluye las cuentas de ahorro.

De acuerdo con la teoría monetaria correcta, Simpson define la inflación en términos de dinero y no de los precios. La inflación es “un aumento de la oferta monetaria a una tasa más rápida que el aumento de la oferta de oro monetario o metal precioso” (I, p. 25). Evidentemente, Simpson está suponiendo aquí un patrón monetario metálico que no existe en la actualidad.

Simpson identifica correctamente al Estado como el inflacionista en jefe, provocando inflación directamente al crear un patrón monetario por medio de su banco central. El Estado provoca la inflación indirectamente al animar a los bancos a involucrarse en una banca de reserva fraccionaria, al conceder diversos privilegios a los bancos comerciales.

Comprende adecuadamente que, sin un cambio en la demanda de mantener dinero, la única forma de que aumente el gasto total en una economía es que el gobierno aumente la oferta monetaria. Al contrario que los visionarios keynesianos, Simpson explica que

los aumentos del gasto del gobierno financiados por impuestos o endeudamiento a partir del público no bancario, simplemente cambian el patrón de gasto y no alteran la magnitud total del mismo. Para que aumente el gasto total, el Estado tiene que gastar más sin que ningún otro gaste menos, lo que sólo puede suceder si finalmente se financia el gasto del gobierno por una inflación monetaria. Por lo tanto, la política fiscal *per se* no afecta a la cantidad de gasto en una economía, sino solamente “a quien realiza el gasto” (I, p. 38).

Simpson también proporciona una buena refutación del argumento keynesiano del multiplicador, que señala los beneficios económicos del gasto del gobierno. Observa que no sólo se gastan en una economía todos los ahorros, sino que la inversión es el tipo más importante de gasto para la prosperidad económica a largo plazo. De forma similar, entiende “que cualquier carrera por la liquidez” es un efecto de la recesión y *no* la causa (I, p. 55). Si queremos librarnos de las recesiones no necesitamos o queremos activismo fiscal o monetario. El Estado sólo necesita dejar de intervenir en la economía, especialmente vía manipulación monetaria.

En su exposición concluyente del ciclo económico, Simpson formula varias observaciones generales correctas, que están de acuerdo con la teoría austriaca del ciclo económico (ABCT, por sus siglas en inglés), poniendo en claro que se crea el ciclo económico por medio de manipulaciones del gobierno de la oferta monetaria, y es la intervención estatal la que es responsable de la banca de reserva fraccionaria con dinero fiat y su inflación resultante; por ello, librarse de la producción de dinero por el gobierno y su intervención en el sistema monetario y la actividad bancaria, eliminará el ciclo económico. Incluso identifica reformas eficaces dirigidas a eliminar el ciclo, tales como pasar a una reserva del 100% y un sistema monetario y bancario de libre mercado, suponiendo que se tratará de un sistema basado en el oro.

Simpson demuestra ser, generalmente, un defensor competente de la ABCT frente a varios de sus atacantes. Rechazando una de las críticas de Leland Yeager de la ABCT (1986, p. 380), Simpson señala que el principio de la Navaja de Occam no invalida a la ABCT, porque este principio implica descartar *innecesariamente* explicaciones más complejas a favor de las más simples;

pero si una situación exige una explicación compleja, se justifica una teoría más compleja. El ciclo económico es un problema complejo con muchas facetas económicas y la ABCT es la teoría que mejor tiene en cuenta sus muchos aspectos de la forma más simple.

Simpson también refuta adecuadamente la afirmación de que la ABCT carece de validez, porque la inflación afecta más a los tipos de interés a corto plazo que a largo, señalando que incluso una pequeña reducción de los tipos de interés a largo hace que las inversiones a largo plazo aparezcan más rentables. Al mismo tiempo, afirma que los cambios en la preferencia temporal no darán lugar a perturbaciones y no resultarán en un ciclo de expansiones/contracciones. Desgraciadamente, subraya que esto se debe a que esos cambios en la preferencia temporal tienden a ser graduales, pasando por alto el hecho crucial de que, por su misma naturaleza, son sostenibles, y no fomentan inversiones incongruentes con las preferencias sociales. *Este* es el hecho principal, y no que tales cambios sean a largo plazo y no a corto; sin embargo, reconoce que hay una distinción fundamental que hacer entre la variación de los tipos de interés debida a cambios en la preferencia temporal y la debida a la inflación monetaria.

Simpson también defiende la ABCT frente a las afirmaciones de que si es válida, se aplica sólo a los casos en los que ya se están utilizando los recursos hasta el límite de su capacidad, y no que haya recursos ociosos durante una recesión, explicando que los llamados recursos ociosos no se están desperdiciando. Por ejemplo, los planes globales de los propietarios pueden incluir la necesidad de tener a mano recursos extra para contingencias. En este caso, está de acuerdo con W.H. Hutt (1977) sin citarlo. Además se extiende sobre este tema, consiguiendo explicar con éxito que la ABCT es válida con o sin un empleo total de los recursos, en lo que está de acuerdo con Mises (1949, pp. 576-578).

A continuación, Simpson proporciona una excelente defensa contra la acusación de que la ABCT es incongruente con las expectativas racionales, señalando que las definiciones convencionales de las expectativas racionales no son muy buenas o útiles. La acción racional, explica Simpson, es la acción basada en toda la información relevante y disponible y *no* en la información perfecta. "Mientras

que los hombres de negocios formen sus expectativas sirviéndose de la razón, sus expectativas son racionales" (I, p. 107).

Con las anteriormente documentadas contribuciones rotundas realizadas por Simpson en su teoría del ciclo económico y monetario, el lector de esta reseña podría preguntarse qué es lo que habría que echar de menos. Desgraciadamente, hay mucho. Una limitación es que recurra a un extraño sistema de clasificación randiana en relación a lo que considera como argumentos o aserciones inasumibles. Por ejemplo, si bien incluye a los fondos de inversión corrientes monetarios en su definición de oferta monetaria, critica a Rothbard por incluir las cuentas de ahorro "que se pueden convertir a la par en dinero en cualquier momento bajo demanda" (es decir, sustitutivos del dinero) dentro de la oferta monetaria. Simpson afirma que la inclusión de Rothbard es un ejemplo de "sacar de contexto, concepto identificado por primera vez como un importante sofisma lógico por la novelista y filósofa Ayn Rand" (I, p. 16).

Al discutir la naturaleza del dinero fiduciario, Simpson afirma que este consiste en depósitos a la vista no respaldados por dinero estándar, sino más bien "respaldados por deuda" (I, p. 21). Desde luego, este dinero fiduciario se emite bajo la forma de deuda, pero esto no es lo mismo que estar "respaldado" por deuda. El tenedor de una cuenta corriente no puede intercambiar los depósitos a la vista por deuda.

Simpson, además, adopta un simple enfoque monetarista de la inflación basado en la teoría cuantitativa del dinero. La ecuación simple que utiliza es $P=D/S$ (siendo P el "nivel general de precios", D el gasto monetario en bienes económicos y S los bienes producidos y vendidos en la economía). Se suscita la cuestión de la naturaleza del nivel general de precios.

Al comenzar Simpson a explicar la causa de la inflación, naturalmente, pone el énfasis en el gasto facilitado por los aumentos de la oferta monetaria, aceptando, sin embargo, gran parte de la teoría keynesiana al reconocer que hay una relación directa entre el mayor gasto y los mayores beneficios, "a largo plazo, más dinero lleva a más gasto en la economía. A su vez, más gasto lleva a mayores ingresos y beneficios para las empresas" (I, p. 33). Ciertamente, más dinero lleva a más gasto y más ingresos, pero no está claro en absoluto que tal gasto lleve necesariamente a más beneficios. Los

beneficios son la diferencia entre ingresos y costes, y si los costes aumentan, junto con los ingresos, debido a la inflación monetaria, los beneficios no aumentan.

Simpson defiende explícitamente la ecuación de la teoría cuantitativa del intercambio en cuanto que comunica la información económica, identificando específicamente la crítica de Mises y Rothbard de la teoría cuantitativa sin citarlos. Simpson argumenta que la ecuación de intercambio centra nuestra atención en dos variables que afectan al gasto total: la oferta monetaria y la velocidad de circulación del dinero. Dice que esto es “extremadamente importante para comprender la naturaleza de la actividad económica y, más específicamente, la naturaleza del ciclo económico” (I, p. 46). De hecho, como los ciclos económicos son el resultado de las malas inversiones que tienen que ver con los precios relativos y los tipos de interés y *no* son consecuencia de cambios en los precios globales o el gasto, la ecuación de intercambio apenas nos dice algo acerca del ciclo económico. Aparte de su generalmente buena crítica de la teoría keynesiana, comete el error de indicar que Keynes y la solución de los keynesianos para la recesión es impulsar el gasto en consumo (I, p. 46).

A pesar de ello, la más perturbadora debilidad de la obra de Simpson aparece en su actitud favorable frente a la explicación de la teoría del ciclo económico. A pesar de las generalmente correctas conclusiones que hemos mencionado antes, su libro, pura y simplemente, no es lo que uno querría consultar para una explicación de la ABCT.

Al explicar la causa del ciclo, Simpson argumenta casi exclusivamente que se debe a un aumento de la tasa de beneficio debida al incremento de la oferta monetaria por encima de lo esperado. Dice que si la oferta monetaria aumenta a un ritmo lento y estable, aumenta el gasto, pero que ello tiene un efecto mínimo sobre la economía. Aquí se centra en los agregados de la teoría cuantitativa. Un aumento del 2% en la oferta monetaria, por ejemplo, sólo da lugar a un aumento del 2% en los precios. En opinión de Simpson, mientras que los aumentos de la oferta monetaria sean lentos y estables, los empresarios podrán incorporarlos en sus planes y realizar ajustes congruentes con el lento y estable incremento del gasto, lo que es más monetarista que misesiano. Esto también

suenan a la hipótesis neoclásica del agregado sorpresa de la oferta monetaria¹ (NT- 1), en el sentido de que depende de que la oferta monetaria aumente a una tasa demasiado grande para que los empresarios la incluyan en sus expectativas.

En todo esto, Simpson deja de ver que la inyección monetaria inicial misma produce la mala inversión inicial. Las malas inversiones no tienen lugar únicamente después de que los empresarios, supuestamente, vean que los beneficios aumentan debido al mayor gasto, debido, a su vez, al aumento de la oferta monetaria. Como señaló F.A. Hayek en *Prices and Production*, el proceso comienza con el aumento del gasto de los empresarios debido a la inflación monetaria a través de la expansión del crédito (Hayek, 1931, pp. 241-249). Simpson también deja de reconocer que los menores tipos de interés del mercado, al mismo tiempo, aumentarán el beneficio esperado, por lo que éste aumenta precisamente porque se reduce artificialmente el tipo de interés de mercado.

Por el contrario, Simpson afirma que la mayor parte de los teóricos de la ABCT ponen demasiado énfasis en el tipo de interés manipulado, y no lo suficiente en el tipo de beneficio, que considera el catalizador primario del ciclo. Parece sorprendente que no sea consciente de que no son meramente “la mayor parte de los teóricos de la ABCT”, sino que es el creador mismo de la teoría quien subrayó la importancia de los tipos de interés artificialmente bajos a la hora de estimular el ciclo de auge/recesión. Ludwig von Mises (1912, pp. 357-364), en su primera explicación del ciclo económico dentro de *The Theory of Money and Credit*, cita una reducción del tipo de interés debida a la expansión del crédito a través del dinero fiduciario como el desencadenante que comienza el auge inflacionista al hacer que diversos proyectos de producción aparezcan como rentables cuando, de hecho, no lo son. Mises continuó subrayando a lo largo de toda su carrera que los tipos de interés manipulados eran las causas del ciclo (Mises, 1928, pp. 107-111; 1931, pp. 160-161; 1936, 1949, p. 550). En una alocución que realizó en 1931,

¹ N del T-1: (1) La función agregada de Lucas, o función de la oferta-sorpresa de Lucas, afirma que el output económico es función de la “sorpresa” del dinero o los precios, ya que solo los cambios en el nivel de precios no previstos pueden llevar a cambios en el output.

Mises dijo con mucha claridad: “Se reducen los tipos de interés por medio de la expansión del crédito, y a continuación algunas empresas, que antes no parecían poder tener beneficios, resulta que pueden tenerlos. Es precisamente el hecho de que se ponga en marcha esas empresas lo que inicia el auge” (Mises, 1931, pp. 160-161). Al comentar la Gran Depresión, que estaba entonces en su apogeo, Mises explica: “La crisis que estamos ahora sufriendo es también el resultado de una expansión del crédito. La actual crisis es la secuela inevitable de un auge, y esta crisis sigue necesariamente a cada auge generado por el intento de reducir el “tipo de interés natural” al aumentar los medios fiduciarios” (Mises, 1931, p. 163). F.A. Hayek (1929), que obtuvo su Premio Nobel de Economía en parte por su desarrollo de la teoría del ciclo económico de Mises, también citaba un tipo de interés artificialmente bajo como el catalizador de las malas inversiones.

El énfasis de Simpson en el tipo de beneficio es una formulación desarrollada por George Reisman. Simpson hace una clara distinción entre el tipo de interés y el tipo de beneficio y los considera completamente independientes uno de otro, casi como la distinción de Keynes entre el tipo de interés y la eficiencia marginal del capital; sin embargo, de hecho, el menor tipo de interés da lugar a un aumento de la tasa de beneficio. Se entiende mejor la “tasa de beneficio” de una inversión como el rendimiento de una empresa en el capital menos el tipo de interés (Rothbard, 2004, pp. 509-516). Entonces, al caer el tipo de interés de mercado, *caeteris paribus*, aumenta el beneficio esperado de la empresa y *esto* es lo que da lugar a las malas inversiones.

Simpson reconoce que el periodo de producción y sus fluctuaciones están relacionados con el ciclo económico, aunque afirma que puede identificarse la estructura de producción con el periodo medio de producción. Como una digresión innecesaria, afirma que el progreso económico se debe sólo a la aplicación del método científico a los fenómenos naturales y luego a la aplicación de ese conocimiento a nuestros problemas. La fe y las emociones, ambas contrarias a la ciencia, evidentemente, representan un “abandono de la razón”. Esas afirmaciones son típicas de un fiel randianismo.

Su defensa de la ABCT frente a los críticos, de forma similar, representa un batiburrillo de percepciones correctas mencionadas

anteriormente, debilitadas por una teoría confusa. Al minimizar la importancia de los tipos de interés, vuelve a subrayar que “más que cualquier otra cosa”, lo que afecta a la toma de decisiones de las empresas es el tipo de beneficio (I, p. 89). “Cualquier teoría del ciclo económico válida tiene que reconocer la primacía del tipo de beneficio por encima del tipo de interés” (I, p. 90). De nuevo, parece no ver cómo afecta el tipo de interés monetario al tipo de beneficio percibido. A continuación, pasa a explicar cómo los tipos de interés artificialmente bajos reducen los costes de endeudamiento y, por tanto, aumentan la rentabilidad percibida de las inversiones a largo plazo. Al hacerlo, refuta sus propias afirmaciones anteriores que implican una clara dependencia entre el tipo de interés de mercado y el tipo de beneficio.

HISTORIA ECONÓMICA

Después de la confusa teoría del ciclo económico de Simpson, resulta alentador volver a su trabajo empírico. Simpson realiza una valiosa contribución al proporcionar muchos datos que ilustran la ABCT en la historia económica. Es interesante señalar que no enfoca la historia de los ciclos económicos de forma cronológica, sino que comienza con los años 1980, avanza a los 1990 hasta principios de los 2010, para luego saltar hacia atrás para discutir el esquema de Mississippi de John Law, vuelve a avanzar a la Gran Depresión y después termina con un capítulo dedicado al periodo de 1900 a 1965. Le parecería mejor a este reseñador que se hubiesen mantenido los capítulos en orden cronológico. Un mejor flujo ayudaría a la comprensión.

Sin embargo, la obra de Simpson ilustra la virtud de identificar y tratar las estadísticas de la forma que sea mejor para mostrar la historia relevante. Simpson comienza compilando un mejor registro del gasto agregado de la economía, que llama Ingreso Nacional Bruto, que incluye los ingresos totales por las ventas de las empresas más los pagos totales de salarios de la economía. Esto da lugar a una estadística que es más bruta que el PIB, representando mejor, de esta forma, el gasto agregado en la estructura de producción. Al mismo tiempo, el trabajo empírico

de Simpson demuestra la virtud de indagar por debajo de la superficie empírica agregada, con el fin de explicar el impacto macroeconómico de la manipulación monetaria del gobierno. Cuanto más precisamente podamos definir los grupos de datos dentro de la estructura de producción, más apoyarán los datos a la ABCT. El método de Simpson comienza distinguiendo entre la tasa de rendimiento del capital, el tipo de interés y la diferencia entre los dos, lo que se debe, en parte, a que transmite la importancia teórica de las expectativas de beneficio a su explicación de la historia económica.

Confunde algo la cuestión al igualar el tipo de rendimiento sobre el capital antes de impuestos (ROE, por sus siglas en inglés) a la tasa de beneficio. Es de agradecer que normalmente incluya una serie de datos de la diferencia entre el ROE y el tipo de interés, estadística que es una mejor medida del beneficio económico que el ROE.

Al describir la recesión de principios de los años 1980, Simpson identifica una serie de importantes conceptos ilustrados en los datos. Pone de manifiesto los efectos destructivos de reflactar para combatir una recesión. Señala también que, como la inflación se había ido formando durante los años 1960 y 1970, tuvo lugar un proceso de malas inversiones que necesariamente había que revertir, independientemente de si la Reserva Federal anunciaba al público sus intenciones de reducir la tasa de crecimiento de la oferta monetaria. Simpson argumenta que, de acuerdo con la teoría de las expectativas racionales, debería haberse evitado la recesión de principios de los años 1980, porque la Reserva Federal había anunciado a finales de los 1970 su intención de reducir la tasa de inflación monetaria. Los inversores deberían haber tomado nota de la intención de la Fed y actuado para evitar una recesión, por lo que la recesión de principios de los años 1980 es contraria a las expectativas racionales y a los economistas neoclásicos, pero ratifica la ABCT.

Las lecciones que saca Simpson de su primer capítulo de historia económica incluyen identificar las mejores políticas dirigidas a evitar la recesión e impulsar la recuperación. Como la inflación monetaria es la fuente de la expansión inflacionista que necesariamente resulta en una recesión, la política obvia para evitar el ciclo

económico es cesar la inflación. La historia también enseña que la mejor política para acelerar la recuperación es dejar de seguir interviniendo en la economía.

Desgraciadamente, lo mejor que puede decirse de la discusión de Simpson de las políticas del segundo óptimo es que son insatisfactorias. Es especialmente difícil encontrar sentido a su llamamiento de no dejar que caiga la oferta monetaria, como si la tarea del banco central fuese mantener una oferta monetaria óptima, o al menos un umbral mínimo.

En su capítulo que abarca a Estados Unidos desde 1965 a 2012, Simpson acumula un número significativo de estadísticas relevantes para ilustrar cómo se desarrolló la historia macroeconómica de EE.UU. de acuerdo al ABCT, documentando cómo la inflación monetaria precede a los aumentos del beneficio económico (ROE – el tipo de interés), incentivando así las malas inversiones. A pesar de ello, deja de citar una biografía relevante que habría dado más amplitud a su historia², y a Higgs (2006) acerca de la incertidumbre, lo que habría dado más amplitud a su historia.

La historia de Simpson del Esquema de Mississippi de John Law (que acertadamente denomina fraude financiero) y de la burbuja de los mares del sur³ (N.T- 2) hacen que la lectura sea fascinante. Simpson aplica elementos de la ABCT a estos episodios históricos, arguyendo que la inflación monetaria alimentó burbujas en los mercados de capital que necesariamente explotan, dando lugar a graves dificultades financieras para muchos. Su discusión del Esquema de Mississippi de Law es especialmente interesante y esclarecedora, ensombrecida sólo por un extraño e innecesario ataque randiano a la religión.

Simpson proporciona al lector una detallada exposición de la historia macroeconómica de la Gran Depresión, abrazando la

² Como biografía de la historia económica reciente que habría complementado la historia económica de Simpson, véase Callahan y Garrison (2003), Cochran (2011), Ravier y Lewin (2012), Salerno (2012) y Woods (2010).

³ (N del T-2) Se conoce como burbuja de los mares del sur a una burbuja especulativa que ocurrió en Gran Bretaña a principios del siglo XVIII, y que condujo al llamado crack de 1720

explicación tradicional austriaca. Una expansión crediticia inflacionista durante los años 1920 impulsó un boom inflacionista que se convirtió en una recesión en 1929, lo que, a su vez, dio lugar a la Gran Depresión, al intervenir los presidentes Hoover y Roosevelt de forma creciente en la economía, impidiendo el necesario proceso de reajuste. Simpson enumera una larga lista de intervenciones que realizaron Hoover y Roosevelt, que dificultaron la recuperación de forma significativa; aunque, como en capítulos anteriores, cae en una extraña acusación, citando tanto el colectivismo como el altruismo, como las fuentes ideológicas de sus destructivas políticas intervencionistas. Quizá el colectivismo, ¿pero el altruismo?, de nuevo con las innecesarias e inútiles categorías randianas.

En el capítulo que documenta la historia macroeconómica de EE.UU. de 1900 a 1965, de nuevo Simpson hace un buen uso de una gran cantidad de datos para ilustrar la ABCT, incluyendo una particularmente excelente discusión del impacto económico de la Segunda Guerra Mundial, explicando con éxito por qué son ilusorias la prosperidad durante la guerra y la afirmación de que ésta nos sacó de la gran depresión. Su único fallo es su desafortunada caída en la noción monetarista de que una disminución de la oferta monetaria en 1936-1937 llevase a la recesión en 1938, prolongando la Gran Depresión.

CRÍTICA DE LAS TEORÍAS ALTERNATIVAS DEL CICLO ECONÓMICO

Simpson comienza el segundo volumen de su obra criticando las explicaciones de las teorías del ciclo económico keynesiana y Real. Comenzando con la teoría keynesiana del subconsumo, señala que los que se preocupan por una falta de consumo, no comprenden que los desplazamientos del consumo a la inversión no dan lugar a una disminución del gasto total, sino meramente a un cambio en el tipo de gasto. De forma similar, reasignar el gasto desde la mano de obra a los bienes de capital ni siquiera resultará en una disminución de los salarios reales a largo plazo, debido a los aumentos de la productividad que incrementan el poder de compra real de los salarios a través del mayor *output*.

Simpson, oportunamente, nos recuerda que ni siquiera el atesoramiento causa recesión, señalando que el atesoramiento puede, a menudo, ser un efecto de un ciclo económico, pero nunca la causa. De hecho, el atesoramiento es beneficioso para la economía, porque corrige anteriores errores de la gente que perdió demasiada liquidez durante el auge, proporcionando una excelente exposición y refutación de la afirmación de Keynes de que es normal que los mercados libres sufran estados depresivos crónicos, debido a bruscas oscilaciones del gasto de inversión impulsadas por el instinto empresarial (los *animal spirits* de Keynes).

Simpson también realiza una buena refutación de la teoría del ciclo económico de los precios y los “salarios resistentes a la baja”, señalando correctamente que, al contrario de la sabiduría convencional keynesiana, por una parte se puede negociar la flexibilidad de los salarios en los contratos, mientras, por otra, la verdadera inflexibilidad de los salarios no da lugar necesariamente a consecuencias económicas negativas.

Simpson también proporciona al lector una excelente refutación de la teoría neokeynesiana de los salarios eficientes, recordándonos que si pagar a los trabajadores “salarios eficientes” por encima del mercado da lugar en realidad a ganancias en la eficiencia, los menores costes de producción contrapesan los mayores salarios, y en caso contrario, los empleadores no pueden pagar los salarios más altos. Sin embargo, si esas eficiencias justifican los mayores salarios, el salario eficiente es meramente el salario de mercado. En este punto coincide con Don Bellante (1994).

Simpson sigue a continuación con una variación acerca de su tema principal, explicando por qué la intervención del gobierno es la causa más importante de la inflexibilidad del mercado de trabajo y el desempleo. Las subvenciones del gobierno, tales como beneficios por desempleo, pueden permitir que los trabajadores desempleados sigan parados durante el tiempo suficiente para que se atrofien sus cualificaciones. En su conjunto, Simpson concluye que los keynesianos se centran demasiado en los “salarios resistentes a la baja” y no lo suficiente en la volatilidad de la oferta monetaria y el gasto.

De forma similar, Simpson realiza un excelente uso de las pruebas empíricas que se contraponen a la teoría de los precios y salarios

resistentes a la baja, documentando cómo el estudio de Alan Blinder de las empresas acerca de su comportamiento a la hora de fijar el precio de los factores hace cualquier cosa menos corroborar la teoría de los salarios resistentes a la baja (II, pp. 69-77), aunque haya que decir que gran parte del argumento de Simpson se apoya sólo en un estudio. A pesar de ello, Simpson argumenta que los teóricos de los precios resistentes a la baja sólo han identificado una parte pequeña de sus apoyos empíricos –variaciones retardadas de precios– y señala que los keynesianos no reconocen que estos retrasos tienen lugar debido a cambios acelerados de la oferta monetaria. Además, muchas de las características de una teoría del ciclo económico de los “salarios resistentes a la baja” son incongruentes con las características observadas del ciclo.

Sin embargo, la generalmente devastadora crítica de las teorías keynesianas por parte de Simpson está lastrada por una serie de errores. Sorprendentemente, si bien refuta la afirmación de que las recesiones sean el resultado de una demanda agregada insuficiente vía una falta de gasto de consumo, sin embargo, identifica la causa de la recesión como “una disminución, un aumento menos rápido, o una aceleración menos rápida, del gasto” (II, p. 17). Esto no es correcto mientras los precios sean flexibles a la baja, como lo son en una sociedad libre. Además, si bien critica el modelo neoclásico de competencia perfecta, Simpson abraza una teoría de la oferta neoclásica del coste objetivo, afirmando que las empresas no son tomadoras de precios, porque fijan su precio basándose en sus costes de producción.

Uno de los mejores capítulos de Simpson es su excelente y algo detallada crítica de la Teoría del Ciclo Económico Real (RBCT, por sus siglas en inglés). Critica los métodos de los economistas de la RBCT, señalando que copiar meramente un fenómeno empírico no ofrece una explicación de por qué tiene lugar este fenómeno. De hecho, la teoría de las fluctuaciones en la RBCT es bastante imprecisa, porque *no* identifica los factores causales implicados en el ciclo económico. Explicar la fase de contracción del auge aludiendo al cambio tecnológico es un poco arriesgado para Simpson, y lo mismo vale para afirmar que los cambios en las tendencias y las novedades puedan dar lugar al ciclo auge/recesión.

Un punto de coincidencia entre Simpson y la RBCT es el reconocimiento de que la intervención del gobierno juega un papel en la recesión. Sin embargo, si bien la RBCT considera que los cambios en la regulación es una causa potencial de los ciclos económicos, Simpson señala que, aunque la intervención del gobierno no monetaria podría hacer que una recesión fuese más grave, no es la causa del ciclo.

CURA DEL CICLO ECONÓMICO

Simpson concluye su obra con varios capítulos que tratan de cómo la sociedad puede curar el ciclo económico manteniendo al Estado fuera de juego. Identifica correctamente el deseo del gobierno de aumentar el gasto sin impuestos como la principal razón del papel moneda fiat. Y, en forma similar, comprende la inadecuación e inestabilidad del sistema de reserva fraccionaria, adoptando el punto de vista de Rothbard en *The Mystery of Banking* de que la banca libre no llevaría a una banca de reserva fraccionaria desenfrenada, pero curiosamente sin citar a Rothbard.

Ciertamente, Simpson critica la afirmación de George Selgin de que los aumentos de la oferta monetaria necesariamente incrementan el ahorro, señalando que un cambio en la composición de los activos no es lo mismo que mayores ahorros.

Simpson explica también que los bancos *no* son anticíclicos, sino que de hecho son procíclicos, reconociendo que si aumenta la oferta de bienes cae su precio y la gente puede comprar más bienes con el mismo dinero, de forma que no existen unas “necesidades del comercio” que exijan un aumento de la oferta monetaria.

Desgraciadamente, Simpson argumenta a favor de un derecho moral de los bancos a emitir dinero fiduciario, punto en el que se opone a Rothbard, de nuevo sin citarlo. Fundamentalmente, critica de manera explícita a Huerta de Soto, lo que hace, en parte, porque considera que unas mayores tenencias de efectivo constituyen un mayor ahorro. Para Simpson, los problemas de la banca de reserva fraccionaria son filosóficos y no éticos. A Simpson no le gusta la banca de reserva fraccionaria no porque sea fraudulenta, sino porque es una práctica “filosóficamente insana”. Un fallo obvio es que

haya dejado de interactuar y responder a varias críticas relativamente recientes de la llamada bibliografía de la banca libre (Bagus y Howden, 2010, Howden, 2011, pp. 121-128; Hülsmann, 1996, 2003).

Simpson continúa con su punto de vista de cómo sería un mercado libre en dinero y banca, cómo funcionaría y qué efectos tendría sobre la economía social. Para combatir el bulo de que la gente usa feliz y voluntariamente nuestro actual sistema inflacionista y estatal, señala correctamente que las sociedades, de hecho, no se apartaron voluntariamente del oro, sino que a ello les obligaron sus respectivos gobiernos. Recuerda correctamente en su discusión que la moneda que funcione como una unidad de cuenta depende y está unida a la moneda *que sea* un medio general de cambio.

La descripción de Simpson de las características distintivas de un régimen de banca libre son las habituales. Sería una banca libre de regulaciones del gobierno y se permitiría la banca de reserva fraccionaria. Simpson exigiría que sólo se permitiese al gobierno depositar su dinero en sus propios bancos, eliminándolo completamente del sistema monetario. Para que funcionase este sistema, Simpson hace lo que parece ser una sugerencia ingenua –hay que incluir en la Constitución las estipulaciones institucionales de la banca libre. Tenemos ahora una Constitución que no menciona el poder del Congreso para constituir bancos, pero esto no ha impedido que el gobierno socializase la producción de dinero y cartelizase la actividad bancaria por medio de la Reserva Federal.

Al explicar el funcionamiento de un sistema de banca libre, llega básicamente a las mismas conclusiones que Rothbard en *The Mystery of Banking*, pero sin citarlo. Por ejemplo, Simpson argumenta que para que la gente esté dispuesta a mantener los billetes de un banco particular, el banco en cuestión tendría que ganarse la reputación de ser conservador y sensato en sus prácticas, hecho que, entre otras cosas, libraría a los bancos en un mercado libre de una inflación desatada y derrochadora. De hecho, se argumenta que las limitaciones a la inflación en un marco de libre mercado son lo suficientemente sólidas para hacer que los bancos funcionen al 100% de las reservas o muy cerca de esta cifra.

Criticando el divorcio de la función de unidad de cuenta del hecho de que el dinero *sea* el medio de cambio, Simpson vuelve a

caer en la extravagancia randiana. Hacerlo es ser culpable de “salirse del contexto” y de la “falacia del concepto robado” (II, p. 181).

Simpson pasa a proporcionar algunas conclusiones generales útiles sacadas de diversos episodios de la historia del dinero y la banca, identificando la correlación entre la intervención del gobierno en la actividad bancaria y las reducciones de los ratios de reserva. También informa de la medida de la intervención del gobierno en muchos de los llamados periodos “de banca libre”; pero en su relato de la historia de la banca parece jugar a dos barajas en las cuestiones de la responsabilidad limitada y de si la banca de reserva fraccionaria es fraudulenta, afirmando que la banca es “una de las actividades más fáciles para realizar fraudes, porque les resulta fácil a los banqueros prestar en secreto reservas que contractualmente están obligados a mantener (II, p. 216).

El régimen monetario preferido por Simpson sería un régimen de mercado libre y patrón oro con un 100% de reservas, proporcionando una explicación bastante satisfactoria de sus beneficios. Sería mucho más estable que el dinero de papel del gobierno y con reserva fraccionaria, y esta estabilidad ayudaría a que los empresarios mejorasen la previsión empresarial utilizando el cálculo económico. Un dinero oro con el 100% también evitaría que los préstamos malos o poco racionales de un empresario se extendiesen como contagio al resto de la economía, porque los depósitos bancarios nunca están sometidos a un riesgo.

Un dólar de oro al 100%, además, evitaría el consumo no productivo, porque la gente no podría consumir sin producir a través de la inflación monetaria del dinero fiat del gobierno. Simpson se hace aquí eco del argumento de James Mill en su *Commerce Defended*. Los gobiernos no podrían endeudarse tan fácilmente como lo hacen ahora y, por lo tanto, la deuda del gobierno no se consideraría “libre de riesgo” como en la actualidad, porque el Estado no podría pagarla vía monetización.

También parece contradecir su anterior defensa a ultranza de la ética de la banca de reserva fraccionaria al afirmar que un patrón oro del 100% evita el fraude. “La banca de reserva fraccionaria es un intento de engañar a la realidad, porque es una situación en la que la gente intenta tener su dinero y al mismo tiempo prestarlo” (II, p. 232). Evidentemente, “engañar a la realidad” podría aludir a

una incongruencia filosófica, pero engañar implica un fraude, lo que Simpson niega enérgicamente en un capítulo anterior.

Simpson nos proporciona excelentes refutaciones de los ataques al patrón oro, recordándonos, por ejemplo, que si el *output* se dobla y se reducen a la mitad los precios, los empresarios tienen la misma capacidad para obtener beneficios. Esta variación no es recesiva. También señala que si el dinero fiat fuese socialmente preferible, esperaríamos que hubiese surgido de una sociedad libre, y de hecho el dinero mercancía sí que lo hizo.

Desgraciadamente, la defensa de Simpson de un patrón oro del 100% presenta varios puntos débiles en su argumento. Al afirmar que el oro está a prueba de deflaciones, por ejemplo, dice que no puede desaparecer una vez que ha llegado a existir. En relación con el impacto del oro sobre la oferta monetaria, lo importante no es la cantidad de oro que exista, sino qué cantidad del oro existente se utiliza como dinero. El oro puede pasar de oro monetario a utilizarse como mercancía, en cuyo caso disminuiría la oferta monetaria.

Simpson también afirma que el dinero mercancía es “una medida de valor estable y fácilmente comprensible” (II, p. 221). De hecho, los economistas mengerianos saben que el valor es subjetivo y no se puede medir objetivamente, ni siquiera por precios monetarios. Como Mises (1912, pp. 38-45; 1922, p. 99) señaló hace más de un siglo, los precios son manifestaciones del valor, y no medidas del valor. Además, los precios globales nunca son “estables”, de forma que el valor de intercambio del dinero nunca es absolutamente estable (Mises, 1928, p.72).

Simpson parece un monetarista de mercado al defender algunos aspectos del patrón oro. Señala que la caída de los precios debida a los aumentos de producción no lleva a la falta de rentabilidad y la recesión *mientras que la cantidad de dinero y gasto aumenten*. “La clave para aumentar la rentabilidad es que aumente la cantidad de gasto” (II, p. 222). Los aumentos, tanto en la oferta monetaria como en el gasto, contribuyen a aumentos de la tasa de beneficio, afirma, porque los ingresos adicionales son generados por los empresarios. A su juicio, como los aumentos del gasto son lo que lleva a una mayor rentabilidad, Simpson, de la misma forma, está obsesionado con no permitir que caiga el gasto. “La clave es

asegurarse de que la oferta monetaria y el gasto no caigan, que es lo que consigue un patrón oro con un 100% de reserva" (II, p. 223).

Como ya hemos mencionado antes, lo que importa para la rentabilidad no es el volumen de gastos o ingresos *per se*, sino la diferencia entre el precio de los productos y la suma de los precios de los factores utilizados para producir esos productos, diferencia que puede seguir siendo positiva incluso si cae la cantidad total de gasto. Lo que importa es la previsión empresarial y no si el gasto aumenta o disminuye. De hecho, el gasto podría disminuir en un patrón oro al 100%, pero incluso si esto sucede, no sería un problema.

Simpson también cae en el uso impreciso de los términos *objetivo* y *subjetivo* al afirmar que el oro tiene un valor objetivo. Lo que quiere decir con *objetivo* es que el valor se basa en la valoración racional de la gente acerca de la capacidad del oro para aumentar su satisfacción, citando el uso industrial y ornamental del oro como la fuente de su valor objetivo. Compara el valor objetivo del oro con un valor subjetivo del dinero fiat, diciendo que el valor del dinero fiat es arbitrario y depende de lo que fije el Estado que vale un dólar de papel. Lo mejor que puede decirse de este intento de expresar el contraste entre el valor del dinero mercancía y el del dinero fiat es que es torpe, pero más probable es que lleve a engaño y confusión.

Su capítulo final, que expone su plan para pasar de nuestro actual sistema estatista a un mercado libre en el dinero y la banca, de forma similar, tiene cosas buenas y malas. Su plan para pasar a un patrón oro es explícitamente similar al de George Reisman y Murray Rothbard. De paso, Simpson sigue a Salerno al proporcionar un buen análisis y crítica de los esquemas de pseudo-patrón oro. Desgraciadamente, se muestra algo suave al hablar de los banqueros mafiosos que, de hecho, trabajan para perpetuar el sistema actual con el fin de aumentar su propia riqueza a través de la banca de reserva fraccionaria.

CONCLUSIÓN

Este reseñador había esperado que *Money, Banking and the Business Cycle* de Simpson sería la siguiente brillante contribución a nuestra

comprensión de la Teoría Austriaca del Ciclo Económico y de cómo la práctica bancaria moderna ayuda a generar auges y recesiones inflacionistas. Desgraciadamente, la obra de Simpson es finalmente decepcionante. Si bien hace numerosas contribuciones útiles en relación con la historia económica, la exposición de Simpson de la teoría del ciclo económico confunde más que clarifica. No piense en Simpson si quiere aprender la Teoría Austriaca del Ciclo Económico. Para los que deseen un tratamiento moderno con la extensión de un libro de la teoría del ciclo económico desde una perspectiva austriaca, *Money, Bank Credit and Economic Cycles* de Huerta de Soto sigue siendo el patrón oro.

BIBLIOGRAFÍA

- Bagus, Philipp y David Howden. 2010. "Fractional Reserve Banking: Some Quibbles," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 13, no. 4: 29–55.
- 2011. "Unanswered Quibbles with Fractional Reserve Free Banking," *Libertarian Papers* 3 (Article 18).
- Bellante, Don. 1994. "Sticky Wage, Efficiency Wages, and Market Processes" *Review of Austrian Economics* 8, no. 1: 21–33.
- Callahan, Gene y Roger W. Garrison. 2003. "Does Austrian Business Cycle Theory Help Explain the Don-Com Boom and Bust?" *Quarterly Journal of Austrian Economics* 6, no. 2: 67–98.
- Cochran, John P. 2011. "Hayek and the 21st Century Boom-Bust and Recession-Recovery," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 14, no. 3: 263–287.
- Hayek, Friedrich A. 1929. *Monetary Theory and the Trade Cycle*. En Joseph T. Salerno, comp., *Prices and Production and Other Works*, 1–130. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2008.
- 1931. *Prices and Production*. En Joseph T. Salerno, comp., *Prices and Production and Other Works*, 191–329. Auburn: Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2008.
- Higgs, Robert. 2006. *Depression, War, and Cold War: Studies in Political Economy*. Oxford, UK: Oxford University Press: 3–29.
- Howden, David. 2011. *Institutions in Crisis*. Cheltenham, UK: Edward Elgar.

- Hülsmann, Jörg Guido. 1996. "Free Banking and the Free Bankers," *Review of Austrian Economics* 9, 1: 3–53.
- 2003. "Has Fractional-Reserve Banking Really Passed the Market Test?" *Independent Review* 7, no. 3: 399–422.
- Hutt, W. H. 1977. *The Theory of Idle Resources*. Indianapolis, Ind.: Liberty Press.
- Mises, Ludwig von. 1912. *The Theory of Money and Credit*. Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation of Economic Education, 1971.
- 1922. *Socialism*. Indianapolis, Ind.: Liberty Classics, 1981.
- 1928. "Monetary Stabilization and Cyclical Policy." En Percy Greaves, Jr. comp., *The Causes of the Economic Crisis and Other Essays Before and After the Great Depression*, 53–153. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2006.
- 1931. "The Causes of the Economic Crisis: An Address." En Percy Greaves, Jr. comp., *The Causes of the Economic Crisis and Other Essays Before and After the Great Depression*, 155–81. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2006.
- 1936. "The 'Austrian' Theory of the Trade Cycle." En *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, 1–6. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1983.
- 1949. *Human Action*. New Haven, Conn.: Yale University Press.
- Ravier, Adrian y Peter Lewin. 2012. "The Subprime Crisis," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 15, no. 1: 45–74.
- Salerno, Joseph T. 2012. "A Reformulation of Austrian Business Cycle Theory in Light of the Financial Crisis," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 15, no. 1: 3–44.
- Woods, Thomas. 2009. *Meltdown: A Free-Market Look at Why the Stock Market Collapsed, the Economy Tanked, and Government Bailouts Will Make Things Worse*. Washington, D.C.: Regnery.
- Yeager, Leland B. 1986. "The Significance of Monetary Disequilibrium," *Cato Journal* 6, no. 2: 369–420.

UNA TEORÍA DEL CICLO ECONÓMICO NO ES LA TEORÍA AUSTRIACA DEL CICLO ECONÓMICO (ABCT, POR SUS SIGLAS EN INGLÉS): UNA RÉPLICA A BRIAN SIMPSON*

SHAWN RITENOUR**

Brian Simpson (2017), al responder a mi larga reseña de su libro *Money, Banking and the Business Cycle*, en dos volúmenes, proporciona una buena oportunidad para identificar las principales distinciones entre la teoría del ciclo económico de Simpson y la teoría del ciclo económico austriaca (ABCT). A pesar de los fervientes alegatos en contra de Simpson, yo sigo sosteniendo que potencia nuestra comprensión de la ABCT. En su respuesta, Simpson afirma que he cometido varios errores en mi reseña inicial. En esta respuesta a Simpson, me centraré sólo en discutir nuestras diferencias acerca de la naturaleza del ciclo económico, que es lo que pienso que es de la mayor importancia.

Al intentar explicar una teoría del ciclo económico es importante identificar y distinguir entre los componentes que son características necesarias del ciclo y los que son meramente incidentales. Como está bien documentado en la bibliografía económica, el factor necesario clave del ciclo económico es la mala inversión en la estructura intertemporal de producción. Es importante recordar que el ciclo económico es un *ciclo*. La ABCT explica que las recesiones son respuestas endógenas del mercado a auges generados por una inflación monetaria exógena (Garrison, 1989, pp. 6-7). La cuestión importante es preguntar qué da lugar precisamente al conjunto de errores

* El original en inglés está publicado en la revista *Quarterly Journal of Austrian Economics*, Vol. 21, núm. 1, primavera 2018, pp. 71-78. El traductor ha sido Jaime Torres Domingo.

** Shawn Ritenour (srritenour@gcc.edu) es profesor de economía en el Grove City College.

empresariales que resulta en la recesión. Después de todo, *algo* tiene que dar lugar a que empiece a rodar la pelota cíclica.

Para identificar lo que es este algo, Ludwig von Mises (2006a [1928]) desarrolló lo que llegó a ser conocido como la Teoría Austriaca del Ciclo Económico, al reunir e integrar tres líneas de pensamiento económico. Incorporó el concepto de tipo de interés natural de Knut Wicksell, la teoría del capital de Eugen von Böhm-Bawerk, en la que describe la estructura intertemporal del capital, y la teoría de la Currency School sobre los efectos de la expansión del crédito vía la emisión de billetes de banco fiduciarios. Mises amplió correctamente la teoría de la Currency School para incluir los depósitos a la vista que realizan la misma función económica que los billetes de banco.

Mises (1954 [1912], 357–366; 1998 [1949], 535–583) explicó que, en nuestra moderna economía monetaria, la expansión del crédito bancario no financiada por un ahorro voluntario lleva a una mala inversión de capital que da lugar a un ciclo económico de auge / recesión. De hecho, la ABCT, tal y como ha sido desarrollada por numerosos economistas, considera que la causa de las malas inversiones que desencadenan el ciclo económico reside en unos tipos de interés artificialmente bajos. (Garrison, 1989; 2001, pp. 69–71; Haberler, 1983 [1932], pp. 14–15; Hayek, 1967 [1935], pp. 54–65, 85–91; 2008 [1933], pp. 60–62, 67–68, 73–75; Huerta de Soto, 2006, pp. 348–360; Macovei, 2015, pp. 416–418; Mises, 1954 [1912], pp. 357–364; 1983, pp. 2–3; 2006a [1928], pp. 109–111; 2006b [1931], pp. 160–163; Rothbard, 1983 [1969], pp. 29–30; 2000, pp. 9–14; 2004 [1962], pp. 996–1004; Salerno, 2012, pp. 15–24; Sieroñ, 2016, p. 313; Strigl, 2000 [1934], pp. 111–116). El mismo Simpson (2014, vol. I, p. 74) lo reconoce. El papel esencial del tipo de interés en el ciclo económico lo resume de manera excelente David Howden (2016, pp. 345–346), que recientemente señala: “la afirmación de que las reducciones artificiales del tipo de interés dan lugar a una prolongación insostenible de la estructura de la producción es la tesis central de la teoría austriaca del ciclo económico”.

Las instituciones de préstamo crean dinero fiduciario a través de la expansión del crédito. Esta expansión del crédito implica menores tipos de interés, porque para que los bancos encuentren personas dispuestas a endeudarse, tienen que hacerles una oferta

que no puedan rechazar. Los bancos reducen el tipo de los fondos prestables, de forma que haya gente dispuesta a tomar a préstamo el dinero que los bancos están ansiosos de crear.

Esta reducción artificial del tipo de interés es el catalizador del ciclo económico porque genera un boom inflacionista. Las ambiciones empresariales se expanden inmediatamente, lo que incrementa la actividad económica. Se comienzan nuevas empresas con el capital necesario que puede obtenerse por una reducción del precio del crédito. En cualquier situación económica dada, las oportunidades de producción que pueden llevarse a cabo están limitadas por la oferta de bienes de capital. Con una expansión del crédito en forma de dinero fiduciario, parecen rentables nuevos proyectos de inversión porque el tipo de interés de los préstamos está ahora por debajo del tipo natural establecido por el mercado. Obsérvese que esta valoración por parte de los empresarios no depende de mayores ingresos que resulten del aumento del gasto, sino que es el resultado de disminuciones en los costes del endeudamiento debido a los tipos de interés artificialmente más bajos. Además, como el valor presente de los bienes de capital es la suma de sus futuros ingresos marginales descontados por el tipo de interés, una disminución del tipo de interés monetario da lugar a un aumento de los precios de los bienes de capital, lo que, a su vez, resulta en ganancias de capital antes de que tenga lugar cualquier aumento de las ventas. Por lo tanto, los menores tipos de interés sirven como incentivo para las malas inversiones *antes de que* aumenten los ingresos de las empresas ni tan siquiera en un dólar.

Las empresas utilizan el nuevo dinero que reciben a préstamo para captar factores alejándolos de otros usos. Las unidades monetarias adicionales no crean espontáneamente un aumento en los factores de producción, de forma que el stock de bienes de producción será estable en relación con la mayor demanda. En consecuencia, aumentarán los precios de los factores de producción.

Los primeros precios en aumentar serán los de las materias primas, los productos semi-manufacturados, otros bienes de un orden más alto y las tasas salariales. Los empresarios comenzarán intentando alargar la estructura de la producción. Los precios de los bienes de producción en las fases más alejadas del consumo aumentan. Se comienza a desplazar los recursos de usos de menor orden a

usos de mayor orden. Al tener lugar estos ajustes, los diferenciales de precios entre los productos y sus factores de producción se reducen a lo largo de la estructura de producción.

Este proceso se invierte al gastar el nuevo dinero los que lo reciben. Los propietarios de los factores originales que reciben mayores ingresos monetarios los asignan de acuerdo con sus preferencias temporales prevalecientes y su gasto seguirá el mismo ratio consumo/inversión. En consecuencia, la producción ya no refleja las preferencias temporales voluntarias y las empresas han sido llevadas a invertir en fases más altas de la producción como si se dispusiese de más ahorro real, cuando de hecho no es así. Las empresas han sobreinvertido en fases más altas de la producción y subinvertido en las fases más bajas. La ABCT considera que el bloque del error empresarial lo constituye la mala inversión y no la sobreinversión.

Al transmitirse la onda del nuevo dinero a través de la economía, se restablecerán los diferenciales de precios entre los productos y sus factores de producción con su mayor extensión previa. Los precios de los bienes de menor orden aumentarán frente a los de orden más alto. Los tipos de interés aumentarán a sus niveles previos y el tipo del préstamo monetario seguirá la tasa establecida en la estructura de producción. Es incluso probable que el tipo del préstamo aumente al hacerlo la demanda de préstamos de los negocios, en la esperanza de salvar sus empresas.

Llegados a este punto, se revela la crisis y se hace evidente que la expansión de los proyectos de las empresas no puede, en su conjunto, ser llevada a un resultado rentable. Habrá que liquidar o abandonar la nueva inversión en las fases más altas, y muchas nuevas fábricas quedarán inacabadas. Otras operaciones ya acabadas, cerrarán. Algunas continuarán funcionando, porque después de amortizar las pérdidas seguirán generando algunos ingresos positivos. La mala inversión empresarial inducida por tipos de interés artificialmente bajos que faciliten la expansión del crédito en forma de dinero fiduciario siembra las semillas de su propia destrucción. El proceso culmina en la recesión económica. Estos son los rasgos básicos de la ABCT.

Ahora podemos poner de relieve la teoría de Simpson. Simpson (2004, vol. I, pp. 57-62) está de acuerdo con la ABCT al citar que la

causa del ciclo es un aumento de la oferta monetaria. También reconoce que esa inflación viene acompañada por una reducción de los tipos de interés, atribuyéndolo a la necesaria consecuencia de las operaciones de mercado abierto del banco central (Simpson, 2014, vol. I pp. 29-32). Al aludir a los efectos de las mayores reservas en el mercado de fondos prestables, Simpson no explica el papel preciso que juegan los bancos comerciales en el proceso de reducir los tipos de interés.

Si bien Simpson reconoce el efecto que tiene la inflación sobre los tipos de interés del mercado de los fondos prestables, argumenta que la causa primaria del ciclo económico es una inflación monetaria más rápida de la esperada que da lugar a aumentos del gasto, ingresos y rendimientos de la inversión más rápidos de los previstos (lo que llama beneficio), porque se calculan los ingresos basándose en las ventas corrientes, mientras que se calculan los costes basándose en el gasto del pasado en bienes de capital duradero (Simpson, 2014, vol. I, pp. 59-76). Reconoce que los tipos de interés artificialmente bajos también incentivan una mayor inversión, porque ello reduce el coste de endeudamiento, lo que resulta en malas inversiones (Simpson, 2014, vol. I, pp. 73-74, 76-78, 80). Sin embargo, Simpson (2014, vol. I, p. 74) subraya que

“Si bien es importante el efecto de los tipos de interés, hay que poner un énfasis mucho mayor en el tipo de beneficio. Esta es la variable más importante. El tipo de beneficio es la razón primaria de por qué invierten los hombres de negocios y los empresarios. El tipo de interés es secundario...”

Finalmente, Simpson arguye que, de la misma forma que una inflación monetaria más rápida de la esperada da lugar a la expansión, cuando el banco central comienza a reducir la oferta monetaria, o meramente la aumenta a una tasa menor de la prevista, se contraerá la economía.

Hemos llegado ahora al punto de proporcionar algunas comparaciones entre la teoría del ciclo económico de Simpson y la de la ABCT. En primer lugar, la ABCT considera el problema *primariamente* como un problema de malas inversiones, es decir, inversiones en las fases equivocadas de la producción. Simpson apenas se

detiene sobre esto y lo relega a un estatus claramente secundario. Sin embargo, ello se encuentra en el corazón de la ABCT.

Originada por tipos de interés monetarios artificialmente bajos, la mala inversión *no* depende de variaciones en las expectativas inflacionistas. Los tipos de interés artificialmente más bajos hacen que la inversión en algunos proyectos sea más atractiva incluso aunque permanezcan constantes las expectativas acerca de los futuros ingresos y el tipo de rendimiento de la inversión. Esta es la razón por la que, al contrario de lo sostenido por Simpson (Simpson, 2017, p. 261), es importante la definición *económica* de beneficio. El interés es un coste de producción. Si disminuyen los costes del endeudamiento, los proyectos se muestran como más rentables incluso aunque el rendimiento de la inversión siga siendo el mismo, por lo que los empresarios están incentivados para comenzar o expandir los proyectos de producción existentes incluso antes de que se manifiesten a través de la economía los efectos del mayor gasto global.

En la ABCT, cualesquiera efectos de un mayor gasto sobre el rendimiento de los empresarios a partir de las inversiones debido al cálculo de los costes basándose en el gasto histórico en bienes de capital duradero, son, de hecho, de una importancia secundaria a la hora de explicar las malas inversiones que son la clave del ciclo económico. Los austriacos que han contribuido al desarrollo de la ABCT reconocen que pueden tener lugar estos efectos (Mises, 1998 [1949], pp. 546-547; Huerta de Soto, 2006, pp. 365-366). Sin embargo, estos efectos son claramente secundarios en términos de importancia lógica y cronología. Pueden prolongar el auge y, por tanto, contribuir a su magnitud, pero no son la causa del ciclo. Las malas inversiones que son la fuente del ciclo auge/contracción se desencadena por tipos de interés artificialmente bajos y el préstamo del nuevo dinero fiduciario que se toma a préstamo y se invierte *antes de* cualquier cambio en las expectativas macroeconómicas.

Además, los salarios y las rentas de la tierra comenzarán a aumentar más pronto que tarde, porque los empresarios que reciben el nuevo dinero, en primer lugar tienen que captar factores alejándolos de sus usos alternativos, lo que exige ofrecer precios más

altos por sus servicios. Por ello, los costes de producción también aumentarían más pronto que tarde.

Continúo manteniendo que, como dije en mi reseña original, la teoría de Simpson parece más semejante a la teoría neoclásica del agregado sorpresa de la oferta monetaria¹ (Ritenour, 2016, p. 386). De acuerdo con Simpson, la causa del ciclo es un gran incremento imprevisto de la oferta monetaria por parte del banco central. Esta inflación da lugar a aumentos del gasto, los precios y los ingresos. Los mayores ingresos hacen que aumenten las tasas de rendimiento de las empresas sobre las inversiones, incentivando así que las empresas aumenten su *output*. La caída solo tiene lugar cuando se reduce la tasa de inflación, reduciendo así los tipos de rendimiento por debajo de lo esperado. Las malas inversiones en la estructura del capital son, en el mejor de los casos, una idea tardía.

En la respuesta de Simpson a mi reseña inicial, correctamente exhorta al lector a no rechazar una teoría simplemente porque sea diferente (Simpson, 2017, p. 264). Ninguna exposición de una teoría es correcta, ya sea meramente por ser antigua y bien recibida o porque sea nueva y previamente desconocida. Una teoría económica es correcta en la medida en la que puede explicar la cuestión de que se trate. La teoría austriaca del ciclo económico se desarrolló para explicar la naturaleza del ciclo expansión/recesión en la economía y explica que el ciclo económico es el resultado de malas inversiones dentro de la estructura de producción intertemporal inducidas por los tipos de interés monetarios empujados artificialmente a la baja por una expansión del crédito, y no financiados por un gasto voluntario. Como Simpson identifica un rendimiento mayor del esperado sobre la inversión debido a grandes tasas inesperadas de inflación monetaria como la causa del ciclo, su teoría malinterpreta la explicación de la ABCT de la causa del ciclo. Sigo manteniendo que Simpson puede tener una teoría del ciclo económico, pero que su teoría no es la teoría austriaca del ciclo económico.

¹ (NT: La función agregada de Lucas, o función de la oferta-sorpresa de Lucas, afirma que el output económico es función de la "sorpresa" del dinero o los precios, ya que sólo los cambios en el nivel de precios no previstos pueden llevar a cambios en el output.)

BIBLIOGRAFÍA

- Garrison, Roger W. 1989. "The Austrian Theory of the Business Cycle in the Light of Modern Macroeconomics," *Review of Austrian Economics* 3: 3–29.
- 2001. *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure*. Londres: Routledge.
- Haberler, Gottfried. 1932. "Money and the Business Cycle." En Percy L. Greaves, comp., *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 7–20, 1983.
- Hayek, Friedrich A. 1933. *Monetary Theory and the Trade Cycle in Prices and Production and Other Works*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1–130, 2008.
- 1935. *Prices and Production*, 2ⁿ ed. Nueva York: Augustus M. Kelley, 1967.
- Howden, David. 2016. "The Interest Rate and the Length of Production: A Comment," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19, no. 4: 345–358.
- Huerta de Soto, Jesús. 2006. *Money, Bank Credit, and Economic Cycles*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute.
- Macovei, Mihai. 2015. "The Austrian Business Cycle Theory: A Defense of Its General Validity," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 18, no. 4: 409–435.
- Mises, Ludwig von. 1912. *The Theory of Money and Credit*. Yale University Press, 1954.
- 1928. "Monetary Stabilization and Cyclical Policy," En *The Causes Of The Economic Crisis and Other Essays Before and After the Great Depression*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 53–153, 2006a.
- 1931. "The Causes of the Economic Crisis: An Address," En *The Causes of The Economic Crisis and Other Essays Before and After the Great Depression*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 155–181, 2006b.
- 1936. "The 'Austrian' Theory of the Trade Cycle," En Percy L. Greaves, ed. *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1–6, 1983.

- 1949. *Human Action. A Treatise on Economics*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1998.
- Ritenour, Shawn. 2016. "Money, Banking, and the Business Cycle, Vols. I and II," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19, no. 4: 381–399.
- Rothbard, Murray N. 1962. *Man, Economy, and State with Power and Market*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2004.
- 1963. *America's Great Depression*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2000.
- 1969. "Economic Depressions: Their Cause and Their Cure," En Percy L. Greaves, ed. *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 21–34, 1983.
- Salerno, Joseph T. 2012. "A Reformulation of Austrian Business Cycle Theory in Light of the Financial Crisis," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 15, no. 1: 3–44.
- Sieroń, Arkadiusz. 2016. "The Role of Shadow Banking in the Business Cycle," *Quarterly Journal of Austrian Economics* 19, no. 4: 309–329.
- Simpson, Brian P. 2014. *Money, Banking, and the Business Cycle, Vol. I*, Nueva York: Palgrave Macmillan.
- 2017. "Response to a Review of Money, Banking, and the Business Cycle," *Quarterly Review of Austrian Economics* 20, no. 3: 255–265.
- Strigl, Richard von. 1934. *Capital and Production*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 2000.

RESEÑA DEL LIBRO *PUBLISH OR PERISH. PERCEIVED BENEFITS VERSUS UNINTENDED CONSEQUENCES* DE IMAD A. MOOSA (ELGAR, CHELTENHAM, 2018, 218 págs.)

ÓSCAR RODRÍGUEZ CARREIRO

Publish or perish (publica o perece) es una expresión que resulta muy familiar a todo aquel relacionado con el mundo académico. Se utiliza para describir la presión a la que están sometidos los académicos, especialmente en el entorno universitario, para publicar artículos en revistas académicas rápida y continuamente como condición para encontrar, mantener y mejorar un puesto de trabajo.

Al analizar las características y los efectos del *publish or perish* (POP), Imad A. Moosa ha escrito un libro ameno, que demuestra una gran erudición en el tema y que resulta certero a la hora de describir los problemas y las consecuencias adversas inesperadas derivadas del establecimiento de este sistema pero que, sin embargo, fracasa tanto a la hora de identificar su origen como de proponer alternativas viables al mismo.

El capítulo I es una introducción en la que Moosa destaca los beneficios percibidos señalados por los defensores del POP. Entre otros beneficios, se dice que ayuda a establecer una presión necesaria que sirve como motivación para producir investigación, que ayuda a identificar y premiar a los científicos basándose en el mérito y no en el favoritismo o nepotismo, que permite documentar la productividad de los científicos y que libera información y conocimiento. Moosa, en cambio, cree que la cultura POP ha conducido a una búsqueda sin fin por parte de los académicos por lograr publicaciones a cualquier precio con el único objetivo de mejorar el currículum y no de contribuir al progreso del conocimiento humano, lo que ha llevado a una inflación de publicaciones con escaso valor científico.

A continuación, Moosa dedica los capítulos II al IV a señalar las numerosas consecuencias negativas a que ha dado lugar el POP. En cuanto a la calidad de la investigación y la diseminación del conocimiento, Moosa cree que “una consecuencia de la cultura POP ha sido la proliferación de investigación publicada que no tiene proporción en relación con el progreso del conocimiento humano” (p. 18). Por ejemplo, en las publicaciones de ciencia e ingeniería en los últimos años ha habido una tasa de crecimiento anual de las publicaciones del 6,6% sin que se pueda observar una correspondiente mejora del conocimiento. Más bien se puede percibir un deterioro continuo de la calidad ya que, cuando se publica tanto resulta difícil separar el grano de la paja y la mayor parte de lo publicado pasa desapercibido incluso para los expertos en cada campo. Según Moosa, “la contribución marginal al conocimiento humano de la mayor parte del trabajo publicado actualmente es prácticamente nula” (p. 20).

El deterioro de la calidad se debe, en parte, a que la presión del POP fuerza a los académicos a buscar la publicación inmediata de cualquier cosa en lugar de a trabajar en el desarrollo de ideas serias, cosa que puede requerir años. Moosa señala que, bajo las condiciones del POP, el coste de oportunidad de publicar cualquier cosa es el desarrollo de una nueva idea.

El deterioro de la calidad no depende de que haya mejor o peor gente administrando las instituciones: “Si la financiación de las universidades está determinada por las reglas de POP, los gestores de las universidades no tienen más remedio que seguirlos” (p. 22).

Además de dañar la calidad de las investigaciones, la presión para maximizar la productividad medida a través del número de publicaciones frena la diseminación del conocimiento porque se configura como un proceso largo y farragoso que, en los peores casos, puede durar años y porque la obsesión por publicar en las revistas top y en ningún otro lugar hace que la investigación se mantenga en la nevera durante mucho tiempo.

Como resultado añadido, las publicaciones se vuelven irrelevantes (la investigación ha dejado de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo y, por ello, los académicos acaban escribiendo para sí mismos en un círculo incestuoso) y poco fiables: “La solidez y fiabilidad de los resultados importa menos que

el objetivo último de conseguir la publicación y, dados los errores en el proceso de revisión por pares, se pueden publicar y de hecho se publican artículos con resultados deficientes" (p. 31).

Moosa señala que, a nivel global, el POP ha conducido a un sesgo en contra de la investigación en lengua no inglesa y sobres temas locales. Así mismo, la presión por publicar ha restado tiempo, energía e interés que dedicar a la enseñanza y a considerarla como una carga molesta que dificulta la publicación, que bajo el POP es lo que verdaderamente puede ayudar a hacer avanzar la carrera de un académico.

En cuanto a la industria de las revistas académicas, es destacable el aumento continuo de los costes de suscripción y de los pagos por envío y publicación. En gran medida, Moosa cree que se debe a que las editoriales pueden aumentar sus ingresos aumentando los precios porque se enfrentan a una demanda inelástica debido a que las universidades no pueden dejar de estar suscritas a las revistas más importantes, con independencia del coste. De este modo, en muchas instituciones las suscripciones a las revistas dan cuenta del 75% del presupuesto de sus bibliotecas.

Otra consecuencia negativa a que ha dado lugar la cultura POP es la proliferación de revistas predatorias, es decir, revistas que aceptan rápidamente la publicación de artículos, normalmente sin revisión o con una revisión testimonial, a cambio del cobro de una gran cantidad de dinero al autor del artículo. Relacionado con esto, se ha dado también un gran crecimiento de la industria de organización de conferencias, muchas de las cuales tienen calidad académica mediocre pero en las que se cobra una cantidad desmesurada por inscribirse. Asimismo, ha surgido una estructura de clase en el seno de la academia, en la cual los editores de revistas importantes, gracias al poder del que disponen, se consideran como miembros de una clase académica superior.

La presión por publicar ha conducido también a la creciente desaparición del autor único y a la tendencia al creciente número de autores por artículo. Moosa señala la racionalidad detrás de este fenómeno como un ejemplo de la división del trabajo bajo el efecto del POP de intentar maximizar el número de artículos publicados. Si tres autores son capaces de publicar cada uno de ellos tres artículos al año, al aunar esfuerzos pueden producir nueve artículos y

cada uno de ellos contará como autor de nueve publicaciones en un año. Moosa reconoce que tal estrategia no es necesariamente mala, pero piensa que el principal problema recae en la baja consideración actual de los artículos escritos por un único autor (se les considera como producto de un fallo a la hora de realizar *networking*, del rechazo de la colaboración y de una preferencia por el aislamiento). Como refutación, menciona los numerosísimos ejemplos de autores "aislados" fundamentales en la historia de la investigación científica: Newton, Einstein, Darwin, Pasteur, Galileo, Kepler, Faraday, Planck, etc.

Finalmente, Moosa señala como la última consecuencia negativa del POP el cambio de los académicos en su actitud ante la publicación, destacando la tendencia a la aparición de distintas formas de mala praxis en la investigación: falsificación, plagio, fabricación y duplicado de publicaciones que pueden considerarse auto-plagio, etc. Un indicador del aumento de la mala praxis es el aumento en la retractación de artículos (artículos que después de haber sido publicados son declarados como no aptos a la hora de cumplir los estándares mínimos). Desde 1975 se ha producido un aumento del 10% en los artículos retractados. Responsabilizando a la cultura POP, Moosa señala que "la naturaleza humana es tal que cuando se presiona a la gente para que haga algo usará todos los 'medios necesarios' para responder a la presión" (p. 75).

La producción investigadora se evalúa por una combinación de cantidad y calidad. Normalmente, la calidad se mide por el estatus de la revista en la que se publica la investigación. Se han utilizado cuatro formas de clasificar las revistas en términos de calidad: ranking basado en citas, ranking basado en opinión, ranking de mercado y ranking basado en la frecuencia de descargas. Moosa dedica el capítulo V a analizar el primer sistema y el capítulo VI a analizar los tres restantes. Concluye que todos ellos presentan problemas y consecuencias adversas inesperadas.

En cuanto al método de ranking basado en citas (el método dominante, que inició su andadura en 1961 con la publicación del *Science Citation Index*) tiene como fundamento principal el factor de impacto, definido como el promedio de veces que se han citado artículos de una revista en el JCR (*Journal Citation Report*). Se calcula dividiendo el número de citas que aparecen en el JCR por el

total de páginas publicadas en los dos años previos. Las ventajas que Moosa le reconoce es que está bien establecido, es ampliamente reconocido, resulta fácil de entender, es difícil de defraudar y está medido con datos comparables. Sin embargo, también tiene muchas desventajas: presenta un sesgo a favor de las revistas estadounidenses, presenta un sesgo en contra de las revistas en habla no inglesa, es vulnerable a la manipulación, no ofrece información sobre artículos individuales, subestima revistas de gran calidad en nichos especializados y refuerza la posición dominante de revistas existentes.

El principal problema que presenta el sistema de ranking basado en citas, en opinión de Moosa, es que la conexión causal entre citas y calidad no está universalmente reconocida y puede deberse a otros motivos como la existencia de estructuras de comunicación y redes profesionales. Además, supone una gran desventaja para revistas de pequeño alcance.

En cuanto al ranking basado en la opinión, presenta las desventajas de que es el más caro de realizar, es el más subjetivo, no ofrece medidas cuantificables de impacto o calidad de las revistas y, en realidad, su realización no supone una encuesta formal entre un número amplio de participantes.

El ranking por número de descargas favorece a las revistas generales sobre las especializadas, favorece a las revistas de contenido sencillo sobre las de contenido complejo y existen artículos sin descargas en revistas con un gran número de descargas. Entonces, ¿se debe asumir o no que el artículo es bueno?

En cuanto al llamado ranking de mercado, que se basa en el número de suscriptores que tiene una revista, Moosa cree que los registros de una biblioteca no pueden decir nada en cuanto a la calidad de las revistas porque en las bibliotecas se suelen registrar todas las revistas disponibles ofrecidas por una editorial particular, incluyendo aquellas que no lee nadie. Además, las suscripciones pueden estar motivadas por intereses especiales o por trabajos en nichos especializados.

Por todo ello, Moosa piensa que hacer rankings de revistas es una pérdida de tiempo: "Creo que debería abandonarse el ranking de revistas y juzgar los artículos por sus propios méritos, con independencia de donde estén publicados" (p. 118).

El capítulo VII está dedicado al proceso de revisión por pares, que supuestamente está establecido como filtro de calidad y sistema de mejora de los artículos enviados a las revistas. Pero, como señala Moosa, la gran mayoría de descubrimientos científicos fundamentales no estuvieron sujetos a dicho proceso. Como ejemplo menciona el descubrimiento de James Watson y Francis Crick en 1953 de la doble estructura en hélice del ADN. Durante la mayor parte de la historia de la ciencia los avances científicos se juzgaban de manera mucho más abierta y pública. Con la institucionalización del *peer review*, la responsabilidad del editor, cuya reputación dependía de tomar buenas decisiones sobre qué publicar, se trasladó a revisores anónimos que no siempre están a la altura de la tarea. Dada la avalancha de artículos que necesitan revisión, hay una escasez constante de verdaderos expertos que puedan realizar revisiones y una abundancia creciente de revisores incompetentes o intelectualmente inferiores a los autores de los artículos. Además, los *referees* tienden a pensar que, para que su revisión cuente, necesariamente tienen que encontrar fallos y, por ello, en muchas ocasiones se centran en las debilidades (reales o percibidas) de un artículo e ignoran o describen de forma vaga e imprecisa los rasgos positivos. Además, los revisores son académicos inmersos en la cultura POP que suelen carecer de tiempo que dedicar a una revisión minuciosa, detallada y cuidadosa. Por último, tanto editores como *referees* pueden mostrar sesgos metodológicos e ideológicos.

El proceso de revisión resulta lento y frustrante y se caracteriza por su falta de coherencia. Moosa menciona el experimento de Peter y Ceci en 1985, en el que seleccionaron 12 artículos que habían sido publicados en destacadas revistas de psicología y los reenviaron a las mismas revistas en las que habían sido publicados originalmente. Sólo tres artículos fueron identificados como previamente publicados. De los otros nueve, ocho fueron rechazados.

Como ilustración de las debilidades del sistema de revisión por pares, Moosa pone el ejemplo de Einstein, que en 1905 publicó cuatro de sus revolucionarios artículos que cambiaron el paradigma de la física en una revista en la que la decisión de publicación la tomaba únicamente el editor. En contraste, en 1935 Einstein envió un artículo a la revista americana *Physical Review* y unos cuantos

meses después recibió una carta con diez páginas de comentarios de un revisor anónimo y un comentario en el que se le pedía que revisara su artículo de acuerdo a dichas sugerencias y volviera a enviarlo una vez modificado.

Los capítulos VIII y IX están dedicados a lo que Moosa llama la “locura de los sistemas de evaluación”, para referirse a la obsesión por establecer sistemas burocráticos de evaluación de revistas, universidades, departamentos y profesores. Hablando del caso de 13 países en los que se utilizan sistemas de evaluación de la producción investigadora como método para determinar la distribución de la financiación gubernamental, dice que “una gran parte de esos fondos se dedican a financiar los salarios de la burocracia, los hombres y mujeres que les dicen a los académicos donde, cuando y como tienen que publicar” y asegura que su utilización se debe a la existencia de intereses creados y de grupos que se benefician. Entre esos intereses merece destacarse el siguiente: “Quizá una motivación que se pasa por alto es el deseo de los gobiernos de controlar las universidades” (pp. 170-171).

Moosa, que es profesor de finanzas, tiene una posición crítica en cuanto al desarrollo de la ciencia económica en los últimos años con la que la mayoría de los economistas austriacos estará de acuerdo: “En mi campo, la economía, la mayor parte de la investigación publicada sólo resulta de interés al autor []. El énfasis se ha puesto en el desarrollo de modelos abstractos y técnicas de evaluación de hipótesis que no han contribuido en nada a nuestro conocimiento del funcionamiento de la economía y de los mercados financieros” (p. 23). Según Moosa, la economía se ha matematizado de tal forma que resulta difícil publicar en las revistas más prestigiosas sin conocer ecuaciones diferenciales en derivadas parciales, cálculo estocástico y teoría de la medida. Se ha producido, además, un flujo de físicos hacia la economía atraídos por la ventaja comparativa que les supone su conocimiento técnico a la hora de publicar artículos. Sin embargo, el uso de las matemáticas y el flujo de físicos a la economía y las finanzas no ha producido ningún trabajo de valía, por lo que Moosa se pregunta: “¿Qué ha pasado con los grandes economistas que contribuyeron significativamente a la disciplina utilizando la metodología de las palabras en lugar de las ecuaciones?” (p. 125)

Moosa también lamenta que la cultura POP haya provocado un sesgo en contra de la publicación de libros. Creo que cualquiera que haya aprendido y disfrutado con los grandes tratados de economía de autores como Menger, Böhm-Bawerk, Fetter, Mises, Rothbard o Huerta de Soto estará de acuerdo con Moosa en lamentar dicho desarrollo.

Pero si Moosa se muestra perceptivo a la hora de señalar los problemas que supone el *publish or perish* y a la hora de criticar la matematización de la economía, sin embargo, se muestra extraordinariamente incompetente a la hora de señalar su origen y de apuntar posibles soluciones. En primer lugar, Moosa tiene una extraña percepción de la realidad cuando se trata de evaluar el estado de la economía *mainstream*. En su opinión, la academia está dominada por fundamentalistas del mercado libre que han impuesto un consenso generalizado: “No hay posibilidad de que ningún economista consiga que se le acepte un artículo por una revista económica importante en la que presente ideas que desafíen la doctrina del libre mercado” (p. 123). Por ello, insiste continuamente en que uno de los problemas del POP es el sesgo ideológico que revistas, editores y referees muestran en favor del libre mercado. Aparte de esa curiosa percepción de la realidad, resulta irónico el hecho de que siempre que Moosa tiene que ofrecer un ejemplo crítico de algún elemento que le parece cuestionable lo hace seleccionando a un autor que defiende el libre mercado. Quizá Moosa debería atender más a sus propios sesgos, dejar de señalar la paja ideológica en el ojo ajeno y preocuparse más por la viga ideológica en el suyo propio.

Ya que aparentemente vivimos en un mundo dominado por la ideología de libre mercado, no resulta extraño que Moosa afirme que la cultura POP es un resultado de la revolución neoliberal de los años ochenta. Lo que sí resulta extraño es el concepto que Moosa tiene de lo que es el libre mercado. Para él, el epítome del libre mercado es un sistema burocrático en un sector controlado por el Estado, instituido para controlar el acceso a la enseñanza e investigación y para determinar la asignación de fondos que se extraen a través de la coerción mediante los impuestos y que tiene que utilizar sistemas arbitrarios de evaluación porque no puede recurrir al sistema de precios, a las valoraciones individuales, a las acciones voluntarias o a la reputación científica ganada libremente.

Pero, en lugar de defender el fin de la intromisión estatal en la educación e investigación universitaria y de proponer como alternativa a las revistas, universidades e instituciones financiadas de manera privada, sin asistencia estatal y que se jueguen su propio dinero y reputación académica y científica en la arena del juicio libre de la opinión pública, lo que Moosa propone es “abandonar el dogma de mercado y empezar a pensar en la salud y la educación como inversión en capital humano” (p. 182). Desafortunadamente, la sugerencia de Moosa hace tiempo que se puso en práctica y uno de los resultados a los que condujo fue, precisamente, el sistema de *publish or perish*. Quizá, Moosa debería reflexionar un poco más sobre las consecuencias negativas inesperadas de la intervención estatal y recordar su propia idea de que uno de los grandes peligros a los que se enfrenta la investigación y la enseñanza universitaria es “el deseo de los gobiernos de controlar las universidades”.

REVIEW OF *LA VERITÀ, VI PREGO,
SUL NEOLIBERISMO*
BY ALBERTO MINGARDI
(Verso, 398 pages)

BERNARDO FERRERO

I
INTRODUCTION

There are few things nowadays that ignite more hatred, especially within university campuses, than declaring oneself to be a neoliberal (if the reader is not convinced, he is invited to try it himself and see what happens). Both exponents from the Right and from the Left, in fact, view Neoliberalism as the *instrumentum regni* with which global political leaders and their special interests have tried, especially since the 1980s, to squeeze out the middle class and the poor¹. International institutions such as The European Union, The International Monetary Fund, or the World Bank, according to this popular view, are all part of the same great neoliberal scheme that aims to centralize power in the hands of the few by advancing policies that are in line with what leftist billionaire George Soros dubbed 'market fundamentalism'²: a "grab-bag of ideas based on the fundamentalist notion

¹ The birth of Neo-Liberalism is commonly attributed to this period due to fall of Keynesian economics and the concomitant Rise of Thatcherism in the UK, Reaganism in the US and the Washington Consensus as an International Economic Policy for lesser developed countries. Supposedly, at the centre of all these political platforms, were reforms that pushed for radical privatization, de-regulation and liberalization. For an exposition of this standard view see Thomas I. Palley (2004). *From Keynesianism to Neo-Liberalism: Shifting Paradigms in Economics*. [online] Available at https://www.researchgate.net/publication/241645271_From_Keynesianism_to_Neoliberalism_Shifting_Paradigms_in_Economics

² Soros, G. (1998). *The Crisis of Global Capitalism*. London: Little, Brown.

that markets are self-correcting, allocate resources efficiently, and serve the public interest well”³.

This story, which the media and intellectuals are repeating *ad nauseam*, is both intriguing and tempting to swallow. Identifying a scapegoat is always a very comfortable way of avoiding responsibility when push comes to shove, and even more so when this scapegoat is so abstract and impersonal as an ideology that everybody talks about but which nobody can really point their finger to. It is therefore not a surprise that Neo-Liberalism has even been blamed for causing such non-economic problems as the dispersion of Ebola: the deadly virus disease that emerged in sub-saharan Africa. On this matter, the bravest readers are encouraged to take a look at the work of scientists Robert and Rodrik Wallace or at the words pronounced by the ex-president of the Italian Chamber of Deputies Laura Boldrini.

There is just one minor problem with this story: it is wrong. Alberto Mingardi, director of the Istituto Bruno Leoni, has tried to burry this myth once and for all in his last book, *La verità, vi prego, sul neo-liberismo* (The truth, please, on neo-liberalism). In a lengthy essay of 398 pages, the Italian scholar shows how the idea that we have been dominated in the past quarter of a century by a political class determined to increase the scale and scope of private enterprise is simply unfounded: never has government spending, taxation and regulation been as high in the history of modern nations as they are today. Vilfredo Pareto (1897), the great classical liberal economist and sociologist, remarked with an eye to future historians that even if free markets and free competition were to be considered contemptuous, one cannot blame them for the evils that follow where they are not present⁴. The case Pareto had in mind was that of Italy in the latter part of the 19th century, but, as Mingardi shows, his admonition is largely applicable to our present day.

³ Stiglitz, J. (2008). *The End of Neo-liberalism?* [online] Project Syndicate. Available at: <https://www.project-syndicate.org/commentary/the-end-of-neo-liberalism?barrier=accesspaylog> [Accessed 28 Jan. 2020].

⁴ Pareto, V. 1943. (1897). *Corso di Economia Politica*, Torino, Einaudi.

II NEO-LIBERALISM VERSUS CLASSICAL LIBERALISM

Mingardi starts his essay by reminding us, first of all, that “words are important”. Taking a step back he thus asks: what is the origin of the modern concept of Neo-Liberalism and what were its significant features? The reader might think these questions to be trivial but very few writers who have employed this term have actually taken the time to define it correctly and trace back its origins: a further indication that the very term is simply an academic catchphrase used by leftist intellectuals to ridicule their opponents⁵. Mingardi interestingly points out, in fact, that in 2009 Taylor Boas and Jordan Gans-Morse surveyed 148 scholarly articles, published between 1990 and 2004, that identified neo-liberalism as a variable in the process of economic development. What they found was that 65% of them did not even bother to define such term.⁶ What one learns is that, strictly speaking, the actual neo-liberal movement had very little to do with a political platform that aims *to* have society capitulate to what the market wants, as critics like Philip Mirowski want us to believe⁷.

The term Neo-Liberalism is said to have been proposed by German sociologist Alexander Rustow in 1938, but the movement’s intellectual father was the American journalist Walter Lippmann—a strong supporter of the New Deal until he realized, in 1935, the

⁵ According to economic historian Philip Magness, the term Neo-Liberalism has been an academic catchphrase with deeply negative connotations since the 1920’s, when it was first employed by collectivists such as Max Adler, Alfred Meusel and Othmar Spann in order to designate with a touch of disgust the liberal marginalism of writers such as Ludwig von Mises. See Magness, P. (2018). “The Pejorative Origins of the Term ‘Neoliberalism’”. [online] AIER. Available at: <https://www.aier.org/article/the-pejorative-origins-of-the-term-neoliberalism/> [Accessed 3 Feb. 2020].

⁶ Taylor C. Boas and Jordan Gans-Morse. (2009). “Neoliberalism: From New Liberal Philosophy to Anti-Liberal Slogan”, in *Studies in Comparative International Development*, 44, n. 2, p. 142.

⁷ Mirowski, P. (2014). “The Political Movement that Dared not Speak its own Name: The Neoliberal Thought Collective Under Erasure”, in *INET Working Paper*, n. 23, p. 12. For a constructive and articulate critique of Mirowski ideas on Neo-Liberalism, see Bagus, P. (2015). *Why Mirowski is Wrong About Neo-Liberalism and the Austrian School*. [online] Mises Institute. Available at: <https://mises.org/library/why-mirowski-wrong-about-neoliberalism-and-austrian-school> [Accessed 28 Jan. 2020].

monumental growth in government power that took place after the great depression. After the crash of 1929, Lippmann noted, something unprecedented had in fact happened: for the first time in American History, recovering from a downturn became the job of the state and not a responsibility of individuals. He thus was able to realize, before many other 'sophisticated' intellectuals, the essential continuity between Herbert Hoover and Franklin Delano Roosevelt, a fact that was explicitly recognized by members of FDR's brain trust themselves, figures such as Rexford G. Tugwell and Raymond Moley⁸.

Disillusioned by this sudden encroachment on the part of the government, in his famous book, *The Good Society*, Lippmann (1937) warned of the dangers of a centrally planned economy and underlined the benefits of a largely free and competitive market. However, notwithstanding his many good intuitions, as Mingardi points out, Lippmann was far from embracing classical liberalism: his "bête noir was discretionary power, not necessarily government intervention" (p.53). He even went as far as to consider classical liberalism as an "ideological weapon used to justify injustices and oppression" (p.47). This ambiguity in Lippmann's thought was already evident in his acknowledgments: on the one hand, he felt indebted to the insights of Ludwig von Mises and Friedrich von Hayek for their critique of socialism and, on the other, to John Maynard Keynes for demonstrating to "the free peoples that the modern economy can be regulated without dictatorship"⁹.

The Neo-liberal project, which emerged around Lippmann's book during a Paris meeting among fellow liberals in 1938 organized by Louis Rougier- known as the Walter Lippmann Colloquium- was, then, already from the start infected by some sort of third way dream that would mitigate the excesses of central planning and those of market sovereignty¹⁰. As Mingardi himself put

⁸ Horwitz, S. (2011). "Herbert Hoover: Father of the New Deal". *Cato Briefing Papers*, [online] 122. Available at: <http://www.cato.org/publications/briefing-paper/herbert-hoover-father-new-deal> [Accessed 1 Feb. 2020].

⁹ Lippmann, W. (1938). *The Good Society*, Boston: Little, Brown and Company, p. viii.

¹⁰ Emphasis on this point was also made by Austrian economist Richard Ebeling. As he wrote: "Neo-Liberalism was not born as an attempt to rationalize and restore a *laissez-faire* unbridled capitalism, but as an idea to introduce a wide network of regulatory

it: “Neo-Liberalism in its true sense, that of Lippmann and of the German Ordoliberal, was an attempt to save *something* [emphasis added] from the market economy in a world that had decided, convincingly, to turn its back on it (p. 70).

III

THE INVISIBLE LAND OF THE ‘NEO-LIBERAL’ REVOLUTION

Unlike what the neo-liberal critics keep telling us, in the aftermath of WWII, cases where the scale of state intervention diminished have been extremely rare: even the proclaimed neo-liberal revolutions of Margaret Thatcher and Ronald Reagan in the 1980’s did little or nothing to cut the size of the welfare state and to implement systematic deregulations. Some regulated sectors were left untouched, and other sectors, like that concerning labour contracts and health insurance, ended up being more regulated than before (p. 153). On average, moreover, social expenditures in OCSE countries have increased in the last quarter of a century: from slightly over 15% of GDP in the end of the 1980’s to 21% in 2016.

Even the globalization process, which followed the fall of the Berlin wall, has been characterized by multilateral trade agreements which are far more restrictive, binding and protectionist than the unilateral or even bilateral free trade agreements of the 19th century. As Mingardi writes: “From the mid 19th century to this day, the functions of the state have increased dramatically. The idea that has spread is that every aspect of social life must, if not controlled, at least be regulated and that the complexity of reality requires... that rules be every day more complex. The 1.700

and redistributive programs that would enable the political salvaging of some of the essential elements of a competitive market order. The tricky task, in the eyes of most of the attendees, was to figure out how to do this without the interventionist system itself threatening to get out of control and degenerate into that type of piecemeal system of collectivist privilege, plunder and corruption that Walter Lippmann had, himself, said easily can be an incremental backdoor to a planned society”. Ebeling, R. (2018). “Neoliberalism Was Never About Free Markets” [online] Fee.org. Available at: <https://fee.org/articles/neoliberalism-was-never-about-free-market> [Accessed 28 Jan. 2020].

pages of NAFTA reflect this vision of the world... there is very little deregulation in modern day international trade" (p. 125).

Even though in the last century fundamental free market reforms were both rare and temporary, they always gave rise to a wave of creativity, innovation and prosperity. This was, for instance, the case in Germany, France and Italy in the 1950's and 60's when these countries were guided respectively by policies of Ludwig Erhard, Jacques Rueff and Luigi Einaudi: all of whom were close to the ideas of the Austrian School of Economics¹¹. It wasn't, however, the case of Great Britain, for as Mingardi notes, this was "the only country that never had a neo-liberal phase in its true sense" (p. 83). Under the leadership of Clement Attlee, in fact, Great Britain embarked on the road of Welfarism and Unionism, and, most importantly, influenced by the Keynesian "fetish of full employment"¹², it began to develop "a love story with nationalizations" (p. 86). For this reason, Great Britain experienced the slowest post-war economic recovery.

But what about the United States? Doesn't the fact that its economic golden age coincided with the dominance of Keynesian Economics disprove the core message of this book? Mingardi skilfully rebukes this position with both theory and history. Although on the face of it the US Tax System seemed pretty invasive- with marginal tax rates for incomes above \$200,000 reaching 91%- its relative complexity made it possible for wealth-creating entrepreneurs to find a way out of it. Mingardi cites here economist Lawrence Lindsey, according to which, in the year 1960 the 91% tax rate was actually paid only by 8 individuals¹³. The real tax burden was thus much lower than what one might think at first glance.

On top of this, starting in 1947, the US government slashed spending by some 75% compared to previous years, thus creating the conditions for scarce resources to freely move toward their

¹¹ Guglielmo Piombini. (2016). *I Successi della Scuola Austriaca e i Fallimenti Keynesiani*, [online] Libertycorner.eu. Available at: <http://libertycorner.eu/index.php/2017/05/18/successi-della-scuola-austriaca-fallimenti-keynesiani/>. [Accessed 28 Jan. 2020].

¹² The expression comes from chapter 10 of Hazlitt, H. (1947). *Economics in One Lesson*. London: Ernest Benn.

¹³ *Tax policies for 4% Growth: Evidence from the States, American History, Markets, and Nations*. (2012). George W. Bush Presidential Center, p. 46.

most highly valued productive use. Moreover, low (real) taxes, low government spending and the stable institutional environment that followed, incentivised wealth producers to think big and long term, increasing their market share by saving, investing and accumulating capital: a race which ended up increasing production and real incomes across the board.

IV FREE TRADE AND FREE PRICES: TWO HALLMARCKS OF CIVILIZATION

Mingardi, however, does not simply content himself with showing that this “neo-liberal syndrome” we are supposedly suffering from is a pure invention: he also engages in some insightful positive analysis. This can be seen, for instance, in chapter 2 when he lucidly presents the benefits of free trade and globalization on the basis of the Ricardian law of association: “The opening of international trade tends to push toward a better allocation of resources: the greater competition [coming from outside] brings the least efficient to revisit the ways in which they operate in order not to lose ground to the new entrants, while the most efficient disembark on new markets” (p. 118).

His discussion in chapter 3 of the socialist calculation debate in light of recent calls to expand the role of the state in the economy, is also pretty suggestive. Mingardi explains the indispensable role that free money prices play in a complex economy by allowing us to give a rational answer to the fundamental questions that a world of scarcity poses us: which good must be produced with greatest urgency? In what quantity must these be produced? with which combination of production factors must one go about producing them? Where must one sell them and at what price? To show this he uses the example of the Italian Chef Antonino Cannavacciuolo, showman of the Italian Hell’s Kitchen, a programme in which restaurants on the brink of failure call for the help of the chief to recover their competitiveness.

Cannavacciuolo’s comparative advantage is to analyse the behaviour and choices of the various restaurants not in isolation or in the

abstract but with reference to the indispensable framework of monetary calculation. “Cannavacciuolo looks at the bills and tries to explain to entrepreneurs on the brink of collapse how to reason about their supplies: a pizza-hut cannot serve fine venison every night, because its clients are expecting something else and because it would incur the risk of having the fridge always full and a mountain of debts on its back; a small countryside restaurant from the hinterland of Turin cannot indulge itself by putting, on the menu, extremely expensive crustaceans and fishes, especially if, in the kitchen, it does not have the adequate touch to be able to gain a Michelin Star” (p. 200).

Cannavacciuolo’s lesson is that long-term economic success depends on the entrepreneur’s ability to improve his product and to reduce waste: two goals that can only be achieved thanks to the existence of money prices, which are themselves only possible in a regime that is characterized by private property, freedom of exchange and a politically independent money¹⁴. In connection to the latter, suggestive and informative is also Mingardi’s extensive, critical analysis of Mariana Mazzucato’s (2013) *The Entrepreneurial State*, and the many popular myths that have gone with it: from the statist account of the birth of Internet to the belief that Post WWII Japanese economic was caused by the wise and long-term planning decisions of the Ministry of International Trade and Industry.

V

THE PLACE FOR SOME CRITICISMS

Even though the book is mostly a libertarian tour de force, it is not immune from criticism on some points. In chapter one, in dealing with the Keynesian interpretation of the great depression, Mingardi states for instance that “The crisis of 1929 is a complex event, and as every complex event it is improbable that it originated from just one cause” (p. 76). Although this statement is to some extent

¹⁴ Von Mises, L. (2008). *Economic Calculation in the Socialist Commonwealth*. Auburn, Ala: Ludwig von Mises Institute.

reasonable, Mingardi would be wrong if he thinks that one cannot, therefore, determine the main or fundamental cause without which such a severe crisis could not have occurred: inflationary bank credit lent below the natural interest rate. Indeed, to discover and unravel fundamental causes and consequences is the very nature and purpose of economic theorizing.

Mingardi seems to incur in another error at the end of chapter 2. When talking about sound money, the author rightly points that one of the main merits of the gold standard was to provide a check against discretionary action on the part of the political elite. As he writes: "In a model founded on gold convertibility, when the demand for bank notes increases (due, for example, to the state's decision to increase the retribution of its functionaries) the issuing bank, if it wants to accommodate this increase in demand, must also increase the gold reserves in which those notes can be converted... this by itself represents a constraint which tends make sure that the supply of bank notes increases only when it is really necessary, that is when productivity has increased" (p. 173).

The problem in the latter paragraph is to be found in the last sentence where Mingardi seems to assume, like a perfect monetarist, that a productivity increase must be compensated by an increase in the money supply. The injection of new money, however, not only decreases the real incomes and standard of living of productive people more than what they otherwise would have been by countering the effects of technological improvements, but ultimately, due to the non-neutral aspects of money, it distorts market signals, creating thus the conditions for a misalignment between the production structure and consumer preferences to take place. The story is even more problematic because, to the extent that the new means of payment enter through the loan market, the artificially low interest rate that will follow from such a policy will most likely lead entrepreneurs toward systemic errors in the intertemporal allocation of resources, thus setting the stage for a financial crisis and economic recession to ensue¹⁵. As Fritz

¹⁵ For an articulate exposition of the distortionary effects of credit expansion on the structure of production, see chapter 5 of Huerta de Soto, J. (2006). *Money, Bank Credit and Economic Cycles*. Ludwig von Mises Institute, Auburn: Alabama.

Machlup remarked: “In spite of their stabilizing effect on the price level, the emergence of the new circulating media in the form of money capital may cause roundabout processes of production to be undertaken which cannot in the long run be maintained”¹⁶.

In the last chapter, Mingardi, after providing his economic and ‘humane’ defence of free immigration (which he views as just an extension of the individual right of free association) goes into explaining why the real reason behind the realignment of both right and left toward populism and identity politics is the avoidance of any market reforms on the part of the elites. Implicit, however in Mingardi’s position and analysis is that populism is somehow incompatible with libertarianism, a position which is untenable once one realizes that populism, in the words of Austrian economist Joseph Salerno, “is not a right-wing ideology but a strategy that may be used by any ideological group whose political agenda differs radically from that of the ruling class”¹⁷. Not only is it not incompatible with a defence of individual liberty, but it may well be the only feasible strategy- in the short to medium run- that, by circumventing the state apparatus and its intellectual bodyguards, can lead to the massive insurrection of the tax payers (the productive class workers and entrepreneurs) against the tax consumers (the unproductive class who run government and live off its coerced disbursements). Murray Rothbard, Mr. Libertarian, remained of this opinion from the early 1950’s till the end of his life¹⁸.

¹⁶ Machlup, F. (1940). *The Stock Market, Credit and Capital Formation*. London: William Hodge, p. 177.

¹⁷ Salerno, J. (2016). *Populism Is Not an Ideology*. [online] Mises Institute. Available at: <https://mises.org/wire/populism-not-ideology> [Accessed 1 Feb. 2020].

¹⁸ Already in a manuscript written in 1954 one finds Rothbard stating the following: “All demagoguery, any disruption of the apple cart, would almost certainly come from the individualist opposition. Furthermore, the State is now in command, and whenever this condition prevails, the State is anxious to prevent disruption and ideological turmoil... In the short run... the only route to liberty is by an appeal to the masses over the heads of the State and its intellectual bodyguard. And this appeal can be made most effectively by the demagogue--the rough, unpolished man of the people, who can present the truth in simple, effective, yes emotional, language.” Rothbard, M. (2002). *In Defense of Demagogues*. [online] Mises Institute. Available at: <https://mises.org/library/defense-demagogues> [Accessed 1 Feb. 2020].

VI CONCLUSION

In spite of these small disagreements, Mingardi's book is a very welcome addition to the literature on this obscure and rarely studied term that is Neo-Liberalism. The author is able to integrate sound economic analysis with interesting anecdotes and historical references that can be helpful for future researches. This essay then, must be read and studied: it reminds the reader, as US president Harry Truman famously said, that "the only thing new in the world is the history you do not know".

RESEÑA DEL LIBRO *LA FORMACIÓN DE LA TEORÍA ECONÓMICA MODERNA* DE M. SKOUSEN

CRISTÓBAL MATARÁN

El segundo capítulo del libro está dedicado a *La conexión francesa: el sistema de laissez-faire*. Skousen sostiene que la tradición liberal europea arranca, como dijimos, en Adam Smith y la Ilustración escocesa. Sin embargo, esta afirmación es de dudosa aceptación. Lo que surge, lejanamente, con Adam Smith son las consecuencias que desembocarán en el marxismo. Por tanto, donde realmente surge el liberalismo es en la Francia de los s.XVIII y s.XIX, con una serie de autores, a saber: Turgot, Condillac, Condorcet, Say, Bastiat y Tocqueville. Los dos autores más importantes para la ciencia económica son Say y Bastiat. En cuando a Say, su aportación más importante es la homónima *Ley de Say*: la oferta genera su propia demanda. Esta aseveración debe observarse en su justo contexto. El mercantilismo del s.XVIII daba por sentado que la riqueza de un país venía determinada por la capacidad de parasitar del gobierno: cuantos más controles, aranceles y regulaciones al comercio se impusieran, tanto mejor. El oro y la plata traídos de América eran las únicas fuentes de riqueza posibles. En este sentido, Say se rebela dejando claro que lo que determina la riqueza no es la cantidad de dinero circulando, sino la cantidad de bienes y servicios. Allá donde pueden establecerse industrias con mayor facilidad, se encontrarán los lugares más ricos. La riqueza, por tanto, depende de la producción, no de la cantidad de metal acumulado. Siglo y medio después, el antieconomista Keynes resucitó esta ley para tergiversarla y dar pie a sus teorías inflacionarias y amantes del despilfarro y el control estatal. Keynes cambió esta ley al sostener que la demanda creaba su propia oferta, con el fin de promover el gasto público inútil. Según esta doctrina, la producción de cualquier cosa traerá consigo su demanda. Así, cualquier bien inútil que se nos ocurra podrá ser vendido en el mercado. Esto es cierto,

pero teniendo en cuenta el sistema de precios. Por supuesto que cualquier cosa puede llevarse al mercado para su venta, pero es posible que la única demanda para dicho bien sea a cero unidades monetarias. Por otra parte, el gran economista de esta época fue, sin lugar a dudas, Bastiat. Su ácida e irónica defensa del mercado libre en su obra *Petición de los fabricantes de velas* constituye una de las obras que, por su simpleza, ha gozado de mayor difusión en el liberalismo como crítica a las falacias intervencionistas. En ella, el gremio de fabricantes de velas en Francia solicita al rey la prohibición de la luz solar con el fin de aumentar su producción y, por ende, la riqueza y el empleo. No podría estar más de moda.

Thomas Robert Malthus, el apocalíptico clérigo anglicano, ha pasado a la historia por su teoría de un fin del mundo inminente como consecuencia de la superpoblación. Según su doctrina, la Humanidad crece en una progresión geométrica (2,4,8,16...), mientras que la capacidad para producir alimentos crece en progresión aritmética (2,4,6,8...). Así, la Humanidad está condenada a una especie de peste negra recurrente que elimine una gran parte de la población con el fin de que sobreviva la otra y comenzar de nuevo el proceso. Sin ninguna duda, esta es la primera de las trágicas consecuencias lógicas de la doctrina iniciada por Adam Smith. Su visión estática de la económica conduce necesariamente a una serie de conclusiones que llegarán hasta la de la Escuela Marxista, aunque muchos historiadores del pensamiento económico no hagan distinción y consideren a Marx un clásico más. Resulta paradójico que en los sistemas educativos actuales se enseñe esta doctrina, pero no la refutación de la misma, exactamente lo mismo que con la organización socialista de la economía. Pero volviendo a nuestro análisis, Skousen divide la crítica a Malthus en dos partes: ni la producción de alimentos crecen en progresión aritmética ni la población crece en progresión geométrica. En cuanto a la primera crítica, la acumulación de capital ha llevado a una producción en masa para el sustento de las masas, característica fundamental del sistema capitalista. Gracias a la acumulación de bienes de capital, la producción de alimentos se sitúan en unos niveles que el género humano no pudo ni sospechar hasta hace bien poco. Por otra parte, la población mundial no crece en una progresión tal como creyó Malthus. Más bien al contrario. Aquellos países más entregados al

sistema capitalista ven cómo sus tasas de natalidad bajan hasta el punto de situarse por debajo de los dos nacimientos por familia, es decir, ni siquiera una tasa de reposición. Además, Skousen aprovecha para criticar la política del hijo único en China. Bien es cierto que esta política ha llevado a una reducción de la población en un país que, por otra parte, es tan inmenso y cuenta con tanto terreno que no necesitaría semejante política. Pero dejando esto de lado, Skousen sostiene que hay otra forma de hacer que la población no aumente tanto. En los siglos pasados, los padres concebían una gran prole con la idea de asegurarse los cuidados durante su vejez. Sin embargo, la economía capitalista, si le dejan, puede hacer que estas personas, a través del ahorro, se autodispongan de un capital a su jubilación que les haga mantener su nivel de vida sin problemas. Además, factores como la incorporación de la mujer al mercado laboral a lo largo del s.XX han provocado que la necesidad de tener hijos se posponga o directamente se deseché. Por tanto, la doctrina apocalíptica de Malthus se encuentra ampliamente alejada de la realidad.

El cuarto capítulo de la obra está dedicado a David Ricardo. Tras la lectura del mismo cuesta creer que los libros de Mark Skousen estén en el Mises Institute. Skousen entroniza a Ricardo como el fundador de la teoría económica moderna basada en modelos matemáticos. Su explicación resulta altamente desconcertante: critica la formación matemática, critica a los que no siguen la formación matemática, sostiene que la formación de leyes generales y abstractas no es hacer ciencia y, como traca final, acusa a Mises de seguir el mismo razonamiento matemático, que él llama *abstracto*, que economistas como Keynes, Marshall o Pareto. En cuanto a Ricardo, sus aportaciones pueden centrarse en las siguientes cuestiones. Para empezar, defiende el patrón oro para evitar la intromisión inflacionaria de los gobiernos. A continuación, desarrolla la ley de la ventaja comparativa, según la cual incluso los países con menores capacidades se beneficiarían de un comercio mundial. Hasta aquí las cosas buenas de Ricardo. Sin embargo, sus restantes aportaciones siguieron ahondando en el camino iniciado por Adam Smith que habría de desembocar en el marxismo. No en vano el propio Marx siempre se declaró un seguidor de Ricardo. Podemos resumir la tragedia de Ricardo para el pensamiento

económico en tres ideas: ley de hierro de los salarios, ley de la distribución y ley de los rendimientos marginales decrecientes, la cual, pese a ser cierta, se basa en una fundamentación empírica, sin duda debido al amor de Ricardo por las matemáticas, la física y la química, una camino que habría de equivocar a la ciencia económica durante un siglo.

El último de los grandes autores clásicos es John Stuart Mill. Lo que Skousen resumen de este autor es lo siguiente: se trata de un pensador socialdemócrata y, por ende, totalmente contradictorio en sus plantenamientos. Defiende la tolerancia, la libertad individual, la igualdad de la mujer o las condiciones laborales aceptables. Sin embargo, lo hace desde la perspectiva del socialismo bienintencionado. Cree, al igual que Ricardo, que se puede separar la producción de bienes con su distribución, que los empresarios y trabajadores fabricarán sin saber a dónde irán esos recursos. En otro orden de cosas, Skousen sostiene, acertadamente, que los fascistas italianos y los laboristas ingleses piden en el terreno económico lo mismo. Esta identificación viene a colación de que Mill llamaba socialistas fascistas a este tipo de socialistas. Bien es cierto que Mill vivió un siglo antes de la aparición de los fascistas, por lo que no se le puede culpar de utilizar ese término. Ahora bien, lo que no se entiende es que la traducción le cambie el nombre por *socialismo estatista* porque no sea políticamente correcta la traducción original.

El capítulo dedicado a Marx es, seguramente, el más desconcertante de todo el libro. Bien es cierto que Skousen critica sin límites al Marx economista, pero dice que se puede salvar algo del Marx filósofo, como si fuera algo distinto:

“Así pues, vemos cómo la cultura capitalista nos puede conducir a perder de vista el sentido comunitario y el fin último de toda actividad económica. Esta tendencia hacia el abandono de los verdaderos propósitos de la actividad económica es una desafío permanente para los líderes de los negocios, los inversores y para los ciudadanos, el desafío de retornar a los principios básicos”.

Skousen demuestra en este caso una tremenda ignorancia sobre el sistema económico capitalista. Debemos distinguir entre la

acción del hombre en su día a día, con personas que conoce, y aquel otro aspecto en el que sirve a personas con las que ni jamás hablará, es decir, el mercado. En el primer caso, el capitalismo no deshumaniza a los seres humanos, sino todo lo contrario. Existe en los hombres un impulso innato a hacer el bien en su comunidad, en su quehacer diario, porque eso repercutirá en su beneficio personal. Pero cuando hablamos de producir bienes y servicios en masa para personas que no conocemos, ahí ya debe guiarse por otras señales, como el sistema de precios, ya que no le es posible abarcar con su mente el conocimiento del que puede disponer a pequeña escala¹. Los economistas clásicos del s.XIX se preocuparon de demostrar que el capitalismo no es un sistema consistente en una guerra continua de todos contra todos, sino en la búsqueda de los intereses individuales de manera armónica a los de los demás.

En cuanto a las aportaciones de Marx al pensamiento económico, se limitó a llevar al extremo el sistema ricardiano, especialmente la doctrina del valor-trabajo. Si el trabajo es lo único que otorga valor a las mercancías, entonces los capitalistas se apropian de una parte del trabajo que no les corresponde gracias a instituciones odiosas como la propiedad privada. Esto, según Marx, llevaría al capitalismo a un colapso final y al triunfo del socialismo. Una vez que la teoría del valor-trabajo sea refutada, el edificio marxista se cae en redondo. Lo primero que la crítica liberal se pregunta es, si Marx estuvo tan convencido de haber descubierto “leyes científicas de la producción capitalista”, ¿por qué dejaba fuera de ellas los recursos de la naturaleza? El apelativo *ley* debe explicar todos y cada uno de los casos. El propio Marx resolvió esto diciendo que no era importante, sin ninguna duda un argumento científico brillante. La concentración del capital en monopolios o el descenso de beneficio se explican, asimismo, por la ausencia total de la empresarialidad en el sistema marxista, cuestión que vino muy bien a Lenin para decir que cualquiera con unas nociones de leer y escribir podría convertirse en gerente de una empresa. De esta forma, la empresarialidad se sustituye por una mera gerencia. Habría que esperar tan sólo cuatro años, hasta la publicación de los

¹ Léase Smith, A.: *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial. 2010. Madrid.

Principios de Economía Política de Carl Menger en 1.871 para que el marxismo, al menos intelectualmente, tuviera sólo una vida de cuatro años.

Porque la crítica de los austriacos al sistema marxista fue, con toda probabilidad, el ataque más foribundo lanzado contra una serie de falacias económicas hasta la vuelta a las doctrinas mercantilistas de la mano de John Maynard Keynes en los años 30. Skousen cita los tres primeros economistas que dieron forma a la Escuela Austriaca de Economía: Carl Menger, Eugen Böhm-Bawerk y Friederich von Wieser. Los dos primeros son los más conocidos y los que realizaron aportaciones más importantes. En cuanto a Menger, su obra *Principios de economía política*, ya citada anteriormente, marca el arranque de una nueva doctrina de pensamiento, gracias a la resolución de varios conflictos existentes por la intenciona marxista de llevar hasta el extremo la doctrina clásica. En efecto, Menger resuelve acertadamente la paradoja del valor, al explicar que el valor de los bienes está determinado por la utilidad subjetiva que los seres humanos dan a dichos medios. Esta paradoja había desconcertado a los economistas clásicos a lo largo de todo el s.XIX al preguntarse cómo es posible que el pan o el agua, mucho más útiles, tengan menor valor que el oro o los diamantes. Menger explica que la pregunta está mal planteada: no se trata de decidir entre todo el oro del mundo o todo el agua del mundo, sino entre una unidad más de cada cosa. Las decisiones que los seres humanos llevamos a cabo no tienen en cuenta la totalidad de lo que sea, sino una unidad más o unidad unidad menos. De ahí que se llamara a esta conquista *Revolución Marginalista*. De manera simultánea a Menger, León Walras en Francia y William Stanley Jevons en Inglaterra llegaron a la misma conclusión. Por otra parte, correspondería a los dos grandes discípulos de Menger dar el impulso definitivo a la fama de la Escuela Austriaca. En primer lugar, Böhm-Bawerk dedicó su vida a la refutación del marxismo de manera inmisericorde, con unas críticas que siglos y medio después aún no han sido respondidas, salvo con el comodín del polilogismo marxista o con descalificaciones. En cuanto a von Wieser, no alcanzó la talla intelectual de Menger o Böhm-Bawerk, pero fue considerado el mejor profesor y difusor de la doctrina austriaca del

momento, llegando a tener entre sus alumnos a Ludwig von Mises, el cual lo recuerda con especial cariño en sus memorias².

Así, llegamos al la renovación neoclásica de la mano de Marshall, Jevons, Walras y Pareto. Si algo tienen en común estos autores es su enfermiza obsesión por la matematización de la economía. Ya desde el s.XVII parecía que todo aquellos que quisiera contar con el respeto de la profesión científica habría de ser revestido de complicados modelos matemáticos. Olvidaron estos autores la ineludible separación entre el mundo de la ciencia natural y de la ciencia social. Podemos resumir los pecados del neoclasicismo en tres grandes apartados. Por una parte, su exacerbado mecanicismo. Las acciones de los seres humanos no siguen la regularidad típica de los fenómenos físicos. El que una decisión empresarial del pasado tuviera éxito ayer no quiere decir que la tenga mañana. A continuación, los neoclásicos están realmente obsesionados por la utilización de las matemáticas en economía. Pareto cree que puede someter el mundo a un modelo de ecuaciones simultáneas en el que todo quepa. Su mundo es el de suma cero, aquel en el que la ganancia de uno ha de ser la pérdida de otro. Vuelven a postulados mercantilistas del s.XVIII y allanan el terreno a Keynes. Por último, derivado de todo lo anterior, la economía neoclásica se empeña en un fantasmagórico equilibrio perfecto de competencia. Un equilibrio que, por supuesto, nadie conoce pero que los neoclásicos dicen que es el fin último de la economía. Esto, obviamente, sólo puede tener una consecuencia lógica: la posibilidad de organizar el mundo de manera centralizada. Siguiendo a Huerta de Soto, "Así, por ejemplo, el propio Pareto se pone en evidencia y delata este grave inconveniente del formalismo matemático cuando reconoce que todo su enfoque se efectúa de espaldas al verdadero protagonista del proceso social (el ser humano) y que a efectos de su análisis de economía matemática, "the individual can disappear, provided he leaves us his photograph of his tastes"(arreglar). Por último, podemos citar cómo el autor, Skousen, señala acertadamente que esta idea de pensamiento continuará en Estados Unidos de la mano de John Bates Clark, el fundador de la Escuela de

² Léase von Mises, L.: *Autobiografía de un liberal. La Gran Viena contra el estatismo*. Unión Editorial. 2001. Madrid.

Chicago, con su idea del capital como un conjunto homogéneo que se autorreproduce sólo. Sin embargo, debemos criticar el amor de Skousen por los modelos matemáticos de los autores anteriormente citados, por lo que no nos cabe la menor duda de calificar a Skousen como neoclásico en lugar de como austriaco.

El siguiente capítulo está dedicado a la llegada de la ciencia económica a los Estados Unidos. Los nombres de Henry George, John Bates Clark o Ricard T. Ely son de obligado conocimiento para los estudiantes en dicho país. En cuanto a sus teorías, el primero en destacar es George, con su propuesta de un impuesto sobre el 100% del valor de la tierra virgen, con el fin de hacerla producir. George llega a decir que un impuesto con dicho tipo impositivo tendrá efectos beneficiosos en la producción. Sin embargo, el nombre con mayor repercusión es el de John Bates Clarke. Su gran aportación fue tratar el trabajo y la tierra como dos factores de producción normales. Desde hacía casi un siglo, los economistas se enfrentaban al problema de cómo determinar el valor que cada factor productivo produce en un bien final. Skousen abduce erróneamente que fueron los economistas norteamericanos, con Clark a la cabeza, los que dieron solución a este problema. Falso, fue Menger casi medio siglo antes. Según esta doctrina, en un ambiente competitivo cada factor de producción es retribuido según su aportación al proceso productivo. Por tanto, la mejor forma de determinar el valor de, por ejemplo, el trabajo, es un entorno de competencia con plena movilidad de los trabajadores, para ocuparse en aquellas actividades que mayor productividad marginal conlleven. Mises dio una vuelta de tuerca más a esta conquista al señalar que un aumento en el capital disponible hace que la eficiencia marginal del trabajo aumente, no sólo al trabajador que dispone de más equipo capital, sino al conjunto de los trabajadores al volver el trabajo más escaso. Por último, Frank Fetter se convirtió en el primer representante de la Escuela Austriaca en los Estados Unidos con su crítica a la concepción de Clark del capital como un fondo homogéneo que se autorreproduce sólo. El capital depende, obviamente, de las decisiones empresariales y de inversión de los empresarios. El capital puede renovarse de manera errónea o, incluso, no renovarse si el propietario decide no ahorrar con el fin de reponerlo al final de su vida útil. Esta sencilla idea fue olvidada por la Escuela de Chicago.

Los dos siguientes autores escudriñados por Skousen son Veblen y Weber. El primer es un socialista normal y corriente que no entiende el carácter coordinador del mercado. Podríamos definirlo como el socialista moderno: critica el capitalismo erróneamente, dice no querer el marxismo, pero acepta sus postulados uno a uno. En *La teoría de la clase ociosa* demuestra la misma ignorancia que Marx debido a su ataque hacia los capitalistas y empresarios, a los que considera parásitos de la clase obrera. Por el contrario, a Weber se le suele considerar como un defensor del capitalismo, pero es otro socialista más. Para Skousen, la raíz del capitalismo está en el pensamiento protestante, puesto de manifiesto por Weber. Sin embargo, luego acepta que el capitalismo surge en las ciudades del norte de Italia en el s.XIII o que los primeros teóricos defensores del mercado fueron los escolásticos de la Escuela de Salamanca. Pero, aún así, sigue sosteniendo que el capitalismo surge con la Reforma. Más bien, la interpretación histórica debe seguir el siguiente camino: gracias a la fragmentación de la Iglesia en el s.XVI, el poder político no necesitó el poder religioso por sostenerse. Por tanto, se produjo esa definitiva separación Iglesia-Estado. Esto benefició enormemente dos siglos después el surgimiento de la economía de mercado, ya que el creciente sector empresarial no encontró tantas trabas como antaño para su desarrollo. Finalmente, en un párrafo al final del capítulo, Skousen lanza una de sus críticas al capitalismo sin fundamentación ninguna:

“En efecto, la moderna sociedad capitalista es criticada, a menudo, como demasiado impersonal y carentes de valores comunitarios. En la economía rural tradicional, pero primitiva, la gente se conocía y trabajaba con sus vecinos. Hoy en día, bajo el capitalismo impersonal, la gente vive en el anonimato sin relacionarse con sus vecinos. No obstante, a medida que la economía capitalista se extiende por el mundo proporciona nuevas oportunidades, nuevos excedentes de riqueza, y también surgen relaciones amistosas, probablemente diferentes, entre los asociados en los negocios y las asociaciones voluntarias”.

Hablar de que el capitalismo es inmoral es no haber comprendido la obra de Hayek. Por otra parte, el trabajar para personas que no se conocen no es malo, es lo que nos ha hecho salir de ese estado

de “buen salvaje” ensalzado por Skousen en el que nadie vivía más de treinta años. Abducir que el capitalismo acaba con las relaciones personales es totalmente alejado de la realidad: gracias a las comunicaciones modernas estamos en conexión más que nunca con muchas más personas en todo el mundo. Por tanto, Skousen por momentos parece asumir las tesis de Veblen y Weber de incompreensión hacia el sistema capitalista.

Sin embargo, Skousen ofrece a continuación uno de los capítulos más brillantes de todo el manual, aquél dedicado a Irving Fisher. La crítica de Skousen a su fantasmagórica concepción de la economía basada en agregados y fórmulas matemáticas es a la vez sencilla y justa. Los principales errores de Fisher se resumen en una mística concepción del capital todo un todo homogéneo y líquido y una teoría cuantitativa del dinero, pura tautología que nada aporta, pero que sirve para justificar la intervención de su idolatrado banco central a través de la inflación, la devaluación monetaria y el dinero fiat. Resulta totalmente chocante que casi un siglo después del desastre de los seguidores de Fisher a raíz de la crisis del 29 aún monopolicen la enseñanza de la teoría económica en las universidades occidentales. Por fortuna, los economistas austriacos, como de costumbre, salieron al rescate de la teoría económica para formular una correcta explicación de la crisis bursátil del 29.

Porque si algo tienen de meritorio Ludwig von Mises y Friedrich A. von Hayek es haber sido capaces de ofrecer una explicación sobre los ciclos económicos, tan realista y exacta como marginada de la enseñanza. Las explicaciones sobre místicas teorías subconsumistas o sobre shock reales, nunca monetarios, en la economía copan las mentes de los economistas, incapaces de explicar el fenómeno de los recurrentes auges y recesiones de las economías occidentales. Estos dos economistas nacidos en Austria ponen el acento en la inflación crediticia patrocinada por el banco central y sus dramáticas consecuencias en la recesión. Sin embargo, su idea de no interferir en el sistema económico, ni para provocar la recesión ni para tratar de pararla, fue superada por el economista más falaz, oscuro e ignorante de la historia del s.XX, aupado a su posición de semidios de la ciencia económica por los poderes públicos al afirmar que la causa y solución de los males es la falta de intervención gubernamental.

Aun así, el contraataque más conocido, sobre todo dentro de Estados Unidos a las políticas keynesianas fue el lanzado por Milton Friedman en los años 60 y 70. Sin embargo, para los economistas austriacos, los monetaristas no cuentan con ninguna diferencia reseñable respecto a los keynesianos. Bien es cierto que la frase de Friedman "Ahora todos somos keynesianos" está sacada de contexto, lo cual no es óbice para señalar las similitudes entre ambas doctrinas. En primer lugar, ninguno atina con una concepción correcta del tipo de interés. En segundo, ambos defienden el dinero fiduciario no basado en un patrón metálico. Es más, Friedman fue uno de los grandes valedores del fin del patrón-oro en 1973. Tercero, su defensa a ultranza de las nacionalizaciones de los llamados "monopolios naturales", tema en el que los economistas austriacos estadounidenses han avanzado enormemente en las últimas décadas. Por último, y esto no se menciona en el texto de Skousen, ambos enfoques no conciben un crecimiento económico sin deflación de la oferta monetaria. Es más, en la obra *A monetary history of the United States, 1865-1960*, los autores, Friedman y Schwartz, pasan por alto que el periodo de mayor crecimiento económico en Estados Unidos en toda su historia fue el periodo entre el final de la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, donde el patrón-oro produjo una deflación de precios debido a que la oferta monetaria crecía mucho más lentamente que la producción de bienes y servicios. En 1913 se funda la FED y comienza a fraguarse el desastre de 1929.

Sin embargo, la historia del pensamiento económico no sigue una línea recta. Más bien, sufre continuos retrocesos esporádicos en cuanto avanza un poco. Encontramos un ejemplo muy claro en Joseph Schumpeter. Pese a ser discípulo de von Wieser, no se le puede catalogar en absoluto dentro de la Escuela Austriaca de Economía. Bien es cierto que sitúa al empresario en el centro de la actividad económica, pero su doctrina sobre la venida del socialismo como sustitución del capitalismo demuestra una incompreensión total hacia los procesos de mercado. Por tanto, es totalmente criticable la postura de Skousen al considerarlo "hijo díscolo" de la Escuela Austriaca³. Más bien, su único logro consiste en haber sido

³ Para una certera exposición de la doctrina de Schumpeter, aunque por un autor socialdemócrata que no entra a valorar en ningún momento la validez de la misma,

compañero de clase de Mises en el seminario de Böhm-Bawerk. Finalmente, Skousen acaba este capítulo con una reflexión sobre la caída del bloque comunista y el triunfo del capitalismo. La mención a Margaret Thatcher y sus políticas de privatización está totalmente justificada, aunque el autor olvida que Hayek fue el gran apoyo intelectual de la primera ministra británica.

Ya en el último capítulo de la obra, Skousen realiza algunas reflexiones sobre la situación de la ciencia económica en general. Sin embargo, sus aseveraciones son tremendamente contradictorias. Dice que se ha avanzado mucho en el terreno de las privatizaciones y las liberalizaciones, pero dos párrafos después muestra, acertadamente, cómo los países occidentales han aumentado el peso de su sector público de manera creciente en la segunda mitad del s.XX. En cuanto a los teóricos de la ciencia económica, el más conocido es Stiglitz, aunque Skousen se llega a quedar corto en la crítica a este autor marxista. Por ejemplo, dice que Stiglitz ve como una rémora el que la información esté dispersa entre todos los seres humanos, atacando la base misma que hace posible la Gran Sociedad. El premio nobel llega a calificar como “estrechos o casi inexistentes” a los mercados debido a la información asimétrica que en ellos se da. No se puede ser más ignorante. Hayek nos enseñó hace medio siglo que todos tenemos habilidades distintas gracias a la división intelectual del trabajo, lo cual, en un entorno de intercambios libres y pacíficos, nos hace aumentar enormemente nuestro bienestar. Paradójicamente, ser ignorantes es una gran bendición: todos dependemos de todos. Nadie sobra, nadie queda excluido. Todos podemos aportar al proceso productivo.

léase Heertje, A.: *Schumpeter on the Economics of Innovation and the Development of Capitalism*. Edward Elgar Publishing Limited. Northampton. 2006.

RESEÑA DEL LIBRO *UNA VISIÓN
MACROECONÓMICA DE LOS CUARENTA
AÑOS DE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA*,
DE JOSÉ LUIS MALO DE MOLINA
(MINISTERIO DE ECONOMÍA
Y EMPRESA, MADRID, 2019)

FERNANDO G. JAÉN COLL*

Mirar atrás con perspectiva histórica suele ser útil a los humanos para tomar consciencia del pasado, del presente y del cambio que se ha dado. La Constitución española es un hito en nuestra historia, guste o no guste, plazca a unos más a otros menos. Desde 1978 hasta hoy se han producido cambios económicos notorios, y no es difícil afirmar que el balance entre luces y sombras ha sido favorable, aunque haya dejado rastro de penumbras y así lo refleja el reciente libro de José Luis Malo de Molina; *Una visión macroeconómica de los cuarenta años de la Constitución Española*, publicado por el Ministerio de Economía y Empresa (Madrid, 2019).

Malo de Molina ha desarrollado la mayor parte de su carrera profesional, durante los cuarenta años constitucionales, en el Servicio de Estudios del Banco de España, por lo que forma parte de esa burocracia que asiste, desde las instituciones, a quienes detentan el poder. Sus ideas, sus reflexiones y sus escritos se sujetan a ese lenguaje pretendidamente aséptico con el que se comunican quienes conforman la Virtud social conveniente de que hablara John Kenneth Galbraith. No esperemos, pues, que rebusque el autor entre las causas últimas más complejas de la sociedad ni de los intereses en juego, del poder, en suma. Su análisis se sujeta a lo que es típico, lo cual no significa que no tenga contenidos veritativos, sino que se orienta a esclarecer los mecanismos que operan e interesan a quienes detentan el poder y a sus acólitos, utilizando la panoplia de indicadores al uso, comenzando en 1978, si bien emite

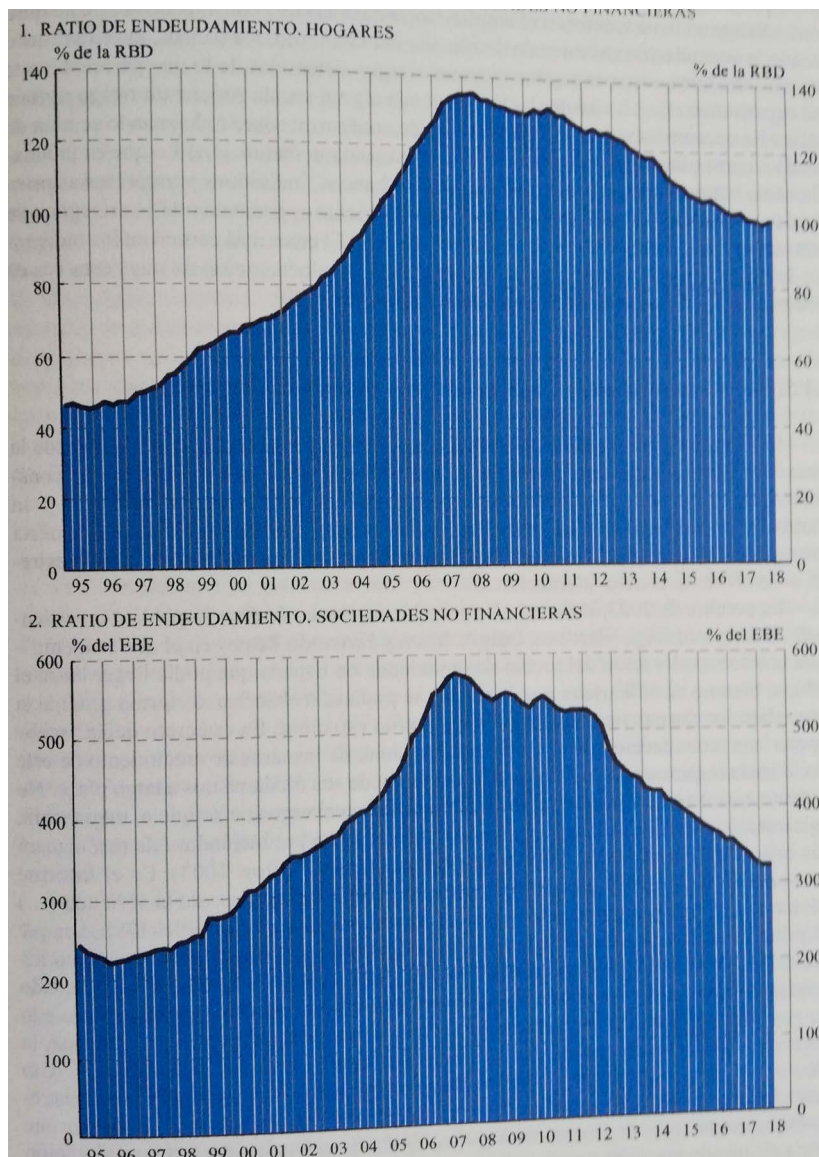
* Doctor en Economía. Profesor Titular de Economía y Empresa. Universidad de Vic-UCC.

juicios sobre el período anterior sin apoyatura estadística, dando por aceptado el discurso instalado a conveniencia de quienes se hicieron con el poder en los inicios de la etapa constitucional.

El libro no es una sesuda y copiosa investigación (imposible con sólo 124 páginas), sino más bien una explicación, una opinión o interpretación de datos básicos (de hecho, en nota al pie de la página 15, remite al Anejo donde recoge “una selección muy escueta de indicadores de la economía española durante el período constitucional.”, tabla utilísima, con agradecimiento a José Luis Fernández Sánchez, démosle reconocimiento por la tarea realizada), que tiene su antecedente en un artículo que escribió en el año 2003 sobre los 25 primeros años de la Constitución, con enfoque similar, según nos indica en la presentación. Divide el período en cuatro trancos: Estabilidad y convergencia con la Unión Europea (él dice Europa y nos parece una ligereza poco adecuada al rango burocrático del autor, trasluciendo esa especie de confusión interesada, como si, por poner un ejemplo, Rusia no formara parte de Europa) hasta la entrada en el euro; una segunda fase de expansión; una tercera fase corresponde al decenio de la crisis; y una cuarta fase esperanzadora de gradual recuperación.

Al título del capítulo 2, “La pugna por la estabilidad y la convergencia” hay que objetar que lo presenta como pugna, sin que nos señale de quienes; a lo sumo es de aquel presente sobre el pasado, si bien sin los datos que permitirían evaluar su opinión, que, sin defender yo otra cosa que la ponderación de juicio, me hace resaltar uno: el porcentaje de deuda pública sobre el PIB (a la que podemos atribuir el ser receptáculo acumulador del exceso de gasto público de años anteriores), en 1978 era del 13,1%, subiendo progresiva y continuamente en los nueve años siguientes; por no señalar ese 100% que rozamos en la actualidad. El gráfico siguiente nos muestra la escalada en ratio sobre la Renta Bruta Disponible, los hogares, y, en ratio sobre el Excedente bruto de Explotación, las sociedades no financieras. Si se produjo esa exagerada expansión del endeudamiento, aquellos que manejan el tipo de interés, principalmente la Reserva Federal de Estados Unidos y el Banco central europeo, fueron responsables, como lo son ahora de hacer pagar a los ahorradores la crisis provocada por los deudores, manteniendo tipos de interés negativos, sin que se les exijan social y políticamente responsabilidades por alterar el precio de mercado del dinero:

GRÁFICO N.º 1: ENDEUDAMIENTO DE HOGARES Y SOCIEDADES NO FINANCIERAS



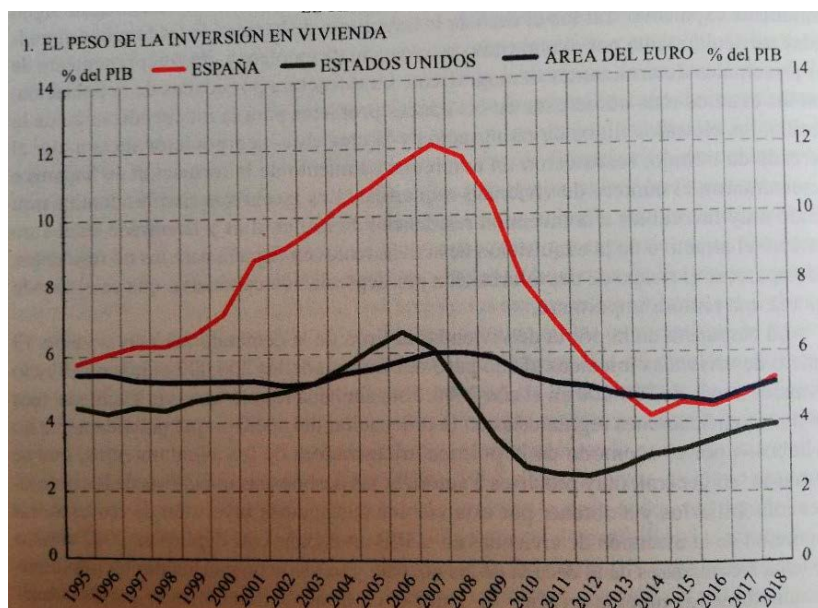
Fuente: Malo de Molina, J. L. (2019, pág.69)

Tampoco nos brinda datos comparativos de otros países para hacernos a la idea de que una inflación del 20%, como indica, era algo singular en el contexto económico del mundo. En cambio, es un acierto el recordarnos que la andadura democrática se inició con los inmediatos efectos de la segunda crisis del petróleo. Nos viene con la cantinela sobre el mercado de trabajo y sus rigideces: dificultad y coste de despido, indización salarial, etc. Sitúa de lleno en el mercado laboral la causa de todos los males, con medición macroeconómica, sin referencia, por ejemplo, al nivel de los empresarios de entonces y sus capacidades técnicas y organizativas, responsables de una economía proteccionista, no abierta al exterior, en cuyo marco, muchas grandes familias hicieron pingües beneficios. La apertura económica al exterior, se manifestó pronto, pero limitadamente, grosso modo no se desencadenó hasta 1993/1994 (según se ve en el gráfico 1. "Apertura de la economía española", que nos proporciona, de ahí que él diga: "En términos de flujos comerciales, la suma de exportaciones e importaciones que en 1978 representaba el 28% del PIB llegó a superar el 60% a principios del nuevo siglo.", por lo que atribuir el mal al pasado anterior a la Constitución, requiera al menos ser matizado). En cuanto a la entrada de España en las Comunidades Europeas, vivida entonces con enorme optimismo en general, faltaría cerciorarse de si no resultó la inversa: entraron ellas en España, abriendo paso a que sus miembros se quedaran con las mejores empresas y con los mercados más rentables y seguros. Como bien está lo que bien le parece, leemos que los cambios en la política monetaria resultaron adecuados para la estabilidad y la convergencia, incluida la independencia del Banco de España en 1994, sin que el autor nos diga que nos condujo al precipicio de la gran crisis reciente y la pérdida de soberanía monetaria en favor de los intereses alemanes a través del Banco Central Europeo.

El capítulo 3, intitulado *El largo ciclo expansivo*, recoge la evolución hasta lo que él denomina *La Gran crisis* (otros la bautizamos como la crisis de las *suprimes*, por su manifestación inicial, otros La Gran Recesión, por lo que resultó después). Las antiparras con las que mira el período son las propias de los que ven con optimismo el hecho de que España se incorporara a la Unión Económica y Monetaria, al euro y el cumplimiento por España de las condiciones de convergencia europea. Menciona "El excepcional descenso de los tipos de interés", sin

señalarlos como la causa principal de las exageraciones expansivas que se dieron, aunque sí menciona que, en la UEM prevaleció (se impuso, sería más acertada expresión) el punto de vista alemán de tipos bajos. No cuesta imaginar que de ahí se derivara un crecimiento del crédito y particularmente del que financia la vivienda, deseada en propiedad por la gente (demanda), al que la oferta no tardó en responder y ya hemos visto en el gráfico N.º 1 hasta donde alcanzó el endeudamiento de hogares y empresas. Ilustrémoslo con el gráfico N.º 2, en comparación de España con Estados Unidos y con el área del euro, en el que podemos apreciar claramente el enorme crecimiento de la inversión en vivienda en España comparada con la de Estados Unidos y el Área del euro hasta el año 2007; también puede apreciarse que en porcentaje del PIB alcanzó a ser prácticamente el doble en el año 2007, y la morrocotuda caída hasta alinearse con un peso similar al del área del euro, por encima de Estados Unidos:

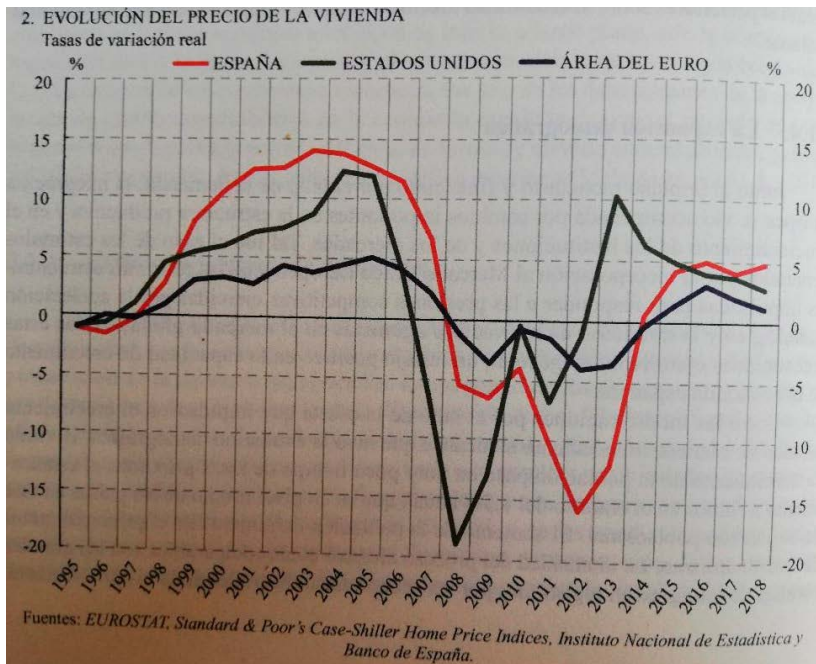
GRÁFICO N.º 2



Fuente: Malo de Molina, J. L. (2019, pág.48)

Del lado del precio de la vivienda, la visura del gráfico N.º 3 nos permite apreciar que empezó a crecer el año 1997 en los tres casos, con tasas de crecimiento interanuales reales crecientes, superando el 5%, el 10% y casi alcanzando el 15% en el caso de España, algo menos en el de Estados Unidos y sin superar el 5% el área del euro, como puede apreciarse en dicho gráfico:

GRÁFICO N.º 3



Fuente: Malo de Molina, J. L. (2019, pág.48)

A todo esto, añadamos el fenómeno migratorio, que incorporó un promedio de 600.000 nuevos inmigrantes al año en el S. XXI (dato que cita de FEDEA), que se incorporaron al mercado laboral cinco millones de inmigrantes (sin especificar los ilegales), es decir a producir la burbuja y que luego al llegar la crisis pasaron al paro, a trabajos precarios y a bajos salarios. El daño producido a la gente,

a sus caudales ahorrados y a los jóvenes por los políticos y burócratas de instituciones públicas que sirvieron intereses espurios con el manto ideológico del ultraliberalismo (no confundir con el liberalismo, que a esa aclaración habrá que dedicarle un día atención), acaba transformado, en argot aséptico, en “acumulación de desequilibrios” en las páginas 54 y 55.

Nos adentramos ahora en “La gran crisis”, capítulo 4 del texto. Más que entretenernos en detalles, conocidos en gran medida (por lo que respecta a mi opinión el lector puede acudir a mis artículos en [Rebellion.org](http://www.rebellion.org), la mayoría los encontrará en <http://www.rebellion.org/mostrarp.php?tipo=5&id=Fernando%20G.%20Ja%20E9n&inicio=0>) ahora vamos a señalar algunos aspectos cruciales:

1. Error de perspectiva: Que los responsables ministeriales, pero sobre todo el Banco de España, adoptaran el enfoque nacional (crisis inmobiliaria) sin ver la financiera, indujo a graves consecuencias.
2. Error de valoración: Considerar que la burbuja inmobiliaria podría “aterrizar” suavemente, con los niveles alcanzados de endeudamiento privado de familias y empresas, que no del Estado, fue pifia común del Banco de España y de la Reserva Federal, como se deduce de las explicaciones del que era su presidente, Ben Bernanke (puede verse en su libro *Mis años en la Reserva Federal* y en el comentario que recojo en mi revista SYN@PSIS, n.º 72-2014: “ en respuesta a un estudiante, añade que utilizar el tipo de interés para frenar el aumento de precios de la vivienda, equivale a matar moscas a cañonazos, pues el tipo de interés actúa sobre toda la economía, y acepta que la Reserva Federal podría haber utilizado a fondo (“podría haber sido más agresiva, dice en p. 89”) la supervisión y la regulación sobre las hipotecas. No tiene reparo en reconocer, a pregunta de un estudiante, que, en 2005, siendo presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente George W. Bush, llegaron a la conclusión de que, de bajar los precios de las viviendas, habría recesión, pero no profunda (p. 92).”, ideas equivalentes a las que expresa Malo de Molina a toro pasado: “El ajuste había empezado siguiendo un patrón gradual, que podía haber

sido, en principio, compatible con un aterrizaje suave y una corrección moderada si hubiese contado con el apoyo de un marco de estabilidad financiera internacional y de un dinamismo externo suficiente." (p. 57)

3. Error de respuesta: Reconoce el autor que hubo "desaciertos en la reacción de la política económica y el coste de las medidas de ajuste." (p. 59) Con honradez, bien pudiera haber señalado llanamente "nos equivocamos", o "cometimos errores importantes", Banco de España (al que se supone pertrechado de recursos y que vela por la marcha de la economía, al menos como guía del Gobierno), y no sólo y en ese lenguaje aséptico que les protege de toda responsabilidad. El que fuera gobernador del Banco de España, Miguel Ángel Fernández Ordóñez, reconoció en entrevista no haberse enterado de la crisis, lo cual deja a los españoles en manos de ineptos para su cargo, políticamente seleccionados.
4. Error de "buenismo" interesado o error de percepción de lo que suponía económicamente la inmigración, felizmente reconocido por Malo de Molina en este librito y que va de la mano de la caída de la productividad.
5. Error del oligopolio bancario español, al que ha seguido una política europea que lo aúpa a niveles estratosféricos. Sorprende que los defensores de corrientes doctrinales liberales no pongan el grito en el cielo por el perjuicio enorme causado a los ahorradores para que los estados puedan sobrellevar el peso de la deuda con la que han cargado para salvar a bancos y empresas deudores, en detrimento de quienes disponen de los ahorros para salir de la crisis con nuevas inversiones.
6. Error de percepción europeísta: La Unión Europea no es fruto de una ensoñación bondadosa, y la zona euro tampoco. Grecia pagó y paga, y España también, baste ver los bajísimos costes laborales en España, comparados con los franceses y alemanes.

Es lamentable ver que no ha habido ni sanción ni castigo a los causantes de la crisis, particularmente a sus Bancos centrales con sus políticas. Ni hay cuestionamiento del sistema financiero, salvo

recargarlo burocráticamente y obligar a aumentar sus costes frente a una clientela que lleva camino de pagar incluso por tener depósitos y haber ahorrado. Estamos inmersos en una gran contradicción entre discursos ultraliberales (ahora acallados) y práctica intervencionista malsana y contraria a los intereses de quienes no han causado el perjuicio, las clases medias vapuleadas.